



NORUEGA.—El R. P. Lamotte, O. P., y otros misioneros católicos de la Noruega Septentrional reunidos en la casa de Tromsøe. Reproducción de fotografía remitida por el R. P. Lamotte, O. P.

## CARTAS DE MISIONEROS

### EL GOBIERNO OTOMANO Y EL PATRIARCA CATOLICO-ARMENIO



N el mes de Enero último publicamos varias noticias del importante Sínodo armenio, celebrado en Roma, y las cartas que nos dirigió sobre este asunto el Venerable Patriarca armenio-católico Ilmo. Sr. Terzian. Es el caso que el Gobierno otomano, engañado por varios notables de esta comunidad, ha destituido al Patriarca y ordenado el nombramiento de un *locum tenens*, esperando la elección de un nuevo titular.

El Ilmo. Sr. Terzian, en una carta llena de dignidad y firmeza apostólicas, ha contestado al Ministro de Justicia y Cultos combatiendo todas las calumnias pro- paladas contra él.

Estos dos documentos llegan á nuestro poder en el momento en que vamos á empezar la tirada de la Revista. Y aun cuando suponemos los publicarán los principales diarios católicos, no queremos que nuestros lectores, los amigos del misionero y cooperadores de sus obras, desconozcan á lo menos los últimos párrafos de la valiente réplica del Patriarca. Dice así:

«Cualesquiera que sean las medidas que el Gobierno tome, yo en esta cuestión sólo me inclinaré ante la palabra del Papa. Soy el Jefe actual de mi comunidad, y desempeño mi cargo como uno de los más fieles súbditos de su Majestad Imperial el Sultán, mi augusto soberano, y declaro á Vuestra Alteza que pertenezco á ese gran imperio de las almas, cuya cabeza visible reside en el Vaticano y que jamás ha combatido los ver-

daderos derechos de los Gobiernos y de los pueblos.»

Con las anteriores noticias hemos recibido la de que el Ilmo. Sr. Terzian ha sido arrojado de su residencia por la policía, *manu militari*, y su palacio entregado á los disidentes.

La iniquidad queda, pues, consumada. Pero Su Santidad el Papa ha intervenido ya de su parte, saliendo en justa defensa del Patriarca.

Dice así el documento pontificio:

*Delegación Apostólica de Constantinopla.*

Constantinopla, 27 Marzo 1912.

Su Santidad, el Soberano Pontífice Pío X, declara excomulgado *ipso facto* cualquiera sacerdote ó seglar armenio-católico que use de violencia contra el ilustrísimo señor Patriarca, todos los que se prestaren á la elección de un *locum tenens*, así como toda persona civil ó eclesiástica, sea cual fuere su clase, que aceptase este cargo.

*El Delegado Apostólico.*

(Sello del Delegado Apostólico).

Todos nuestros misioneros, todos nuestros lectores acompañarán con sus oraciones al valiente Patriarca en esta lucha que sostiene por la causa de la fe, de la disciplina católica, de la unidad romana y de la gloriosa tradición de su Iglesia.

20 de Abril de 1912



## CHINA

CARTA DEL R. P. FR. HIPÓLITO MARTÍNEZ, AGUSTINO

Cómo celebró la fiesta de Navidad un Misionero español.—Informaciones de la Revolución.—Reformas de los republicanos.

Nanchowin, 5 de Febrero de 1912.

**T**OMO la pluma bajo la grata impresión que ha dejado en mi ánimo el primer día del año nuevo, pasado en la grata y fraternal compañía del Padre Vicario y otros cuatro Padres misioneros, en la residencia de aquél.

Antes había pasado aquí la fiesta de Navidad con más pompa que otras veces, á pesar de lo malísimo que estuvo el tiempo, que puso á prueba la fe y entusiasmo de estos cristianos, principalmente los del campo. Había caído una regular nevada, y los dos días anteriores no cesó un fuerte ventarrón acompañado cuando de agua, cuando de nieve ó granizo, por lo cual creí tendría que contentarme con celebrar la fiesta sólo en compañía de los cristianos de la ciudad. Pero á media tarde de la víspera comenzaron á llegar los cristianos del campo, unos, los que vivían á orillas del río, en barca, á favor de la corriente y del viento, otros, internados en los campos, patinando barrancales de agua y nieve, un camino de tres leguas, recibiendo á cuestras la cellisca. Los más lejanos, que distan seis leguas de aquí, río abajo, y tenían en contra el viento y la corriente del agua, quisieron ganar tiempo, y salieron la antevíspera en una barcaza; pero el viento era tan fuerte que, después de bogar algunas horas, apenas habían andado media legua de camino; los remeros, calados de agua y ateridos de frío, se declararon impotentes para seguir adelante, y los pobres cristianos tuvieron que volverse á casa medio llorando de pena. Al día siguiente premió Dios su buena fe proporcionándoles un vaporcillo que subía á esta ciudad, del que ellos se aprovecharon para venir á la fiesta.

Esto por sí solo hubiera sido suficiente para pasarla muy satisfecho, pero hubo además una nota peculiar que, por lo inusitada, dió á la fiesta mucho realce y una pompa que no había tenido en ninguno de los años anteriores. Fué la asistencia á Misa y sermón de todas las autoridades civiles y militares de esta ciudad.

Como sabía yo que el Mandarín-Prefecto deseaba asistir, unos días antes fuí yo á su tribunal á invitarle; llegado el día no se hizo esperar, pues haciendo acaso un sacrificio, á que no estará acostumbrado, para levantarse y desayunarse tan temprano, á las nueve ya estaba aquí, á pesar de la nieve y frío, acompañado de las demás autoridades subalternas y algunos señores principales, en total ocho. Nunca se había visto esta iglesia honrada con tanto señorío.

El caso fué tan extraordinario, que si en China no es el primero, lo es nuestro Vicariato, y él solo es capaz de marcar una época de progreso para esta naciente cristiandad, pues un acto de consideración así dado por las autoridades no puede por menos de influir en el ánimo del pueblo para quitarle la prevención que siempre ha tenido hacia la Religión, por el solo hecho de ser extranjera. ¡Quiéralo Dios, y que esta sea la hora

indicada por su divina Providencia para llamar á este pueblo á su verdadero culto!

Como esta casa es muy pequeña, tuve que habilitar la habitación destinada á huéspedes cuando viene algún misionero, para sala de visitas, donde después de la función recibí los parabienes de los señores, y ellos tomaron un tentempié preparado á su estilo chino... porque otra cosa no había. Desde aquí fueron á felicitar la fiesta á los protestantes, pero pasaron por su iglesia como gato por encima de ascuas; son pocas las simpatías que esos señores adquieren por aquí.

Por ahora los republicanos chinos se han conquistado la admiración y simpatías de todos los extranjeros que vivimos por acá, y aun de muchas naciones europeas, y carecen de fundamento algunas noticias que corrieron por la prensa extranjera de que el movimiento revolucionario iba tomando el mismo cariz antieuropeo que el de los *boxers* en 1900. Ha habido algunos desmanes, pero en ello ninguna parte tienen los revolucionarios.

No puede creerse á la prensa que pinta á la China en un estado de anarquía. En los puntos sometidos á la revolución, esta provincia por ejemplo, reina la paz más completa y un orden tal que hace olvidar que estamos asistiendo á la transformación más radical de este vastísimo imperio.

La transformación no se hará esperar; y si la docilidad del pueblo corresponde á la actividad de los nuevos gobernantes, al cabo de un par de años estará China desconocida, y los que entonces sean recién llegados aquí, al oír contar las actuales costumbres chinas les causará la impresión de los cuentos de las mil y una noches. Tal es la actividad con que los revolucionarios acometen las obras de reformar su país.

Las reformas han comenzado con el cambio del cómputo de los meses y años. Sabido es que los meses del cómputo chino eran los lunares, y los años los del emperador reinante, cosa que para nosotros tenía mucha confusión para averiguar las fechas de las épocas pasadas. Al principio de la revolución lo cambiaron tomando el cómputo de los años desde el reinado del emperador *Hoang-ti*, hace cuatro mil y seiscientos años. Pero esto debió de ser provisionalmente, pues desde 1.º de Enero de este año tomaron para sí el cómputo europeo en cuanto á los meses y días; los años los cuentan por los de la República; según ello hoy estamos á 20 del primer mes del año primero de la República china.

Esta reforma, como la de cortarse la coleta y vestirse á la europea, costará á los chinos muy poco trabajo adoptarlas. No sucederá otro tanto con las que se anuncian en un oficio del gobernador de esta provincia. Estas tocan más á los sentimientos religiosos chinos, como que quitan de raíz el culto supersticioso á los antepasados, que es casi el único que hay en China, y á los intereses de ciertas clases comerciales. Tales son: supresión de la fabricación del papel-moneda y de las velillas que suelen quemarse en honor de los difuntos y de los ídolos. Se suprimen también los reventadores, que los chinos tanto prodigan en cualquier acontecimiento fausto ó infausto, y que al estallar producen ensordecedor ruido. Todas estas supresiones para nos-



otros son muy gratas y nos ahorran mucho trabajo para convencer á los chinos de lo ridículo de tales ceremonias; pero dudo que el pueblo se acomode á ellas fácilmente. El culto á los antepasados lo tienen muy arraigado. El comenzar estas reformas tengo para mí que obedece á que los reformistas han comprendido que tales actos son los que más les ridiculizan ante las naciones civilizadas.

Otras supresiones que anuncian no dejan de tener su razón de ser, aunque de temer es que no consigan los efectos que persiguen. Tales son las de las bronceñas y platerías: las primeras se reducen en su mayor parte á fabricar pipas, que llaman de agua, para fumar. Estas pipas son unas cajas en forma de ovaloide en la que se enchufan dos pequeños depósitos, uno de tabaco y el otro de agua; éste tiene dos tubitos, uno más corto en cuya boca superior se coloca el tabaco en pequeñas bolitas para fumar, y el otro, más largo, por donde se aspira el humo del tabaco; ambos comunican con el interior del depósito, en cuyo fondo se coloca una pequeña cantidad de agua, que sirve para limpiar del humo del tabaco la nicotina. Al aspirar el humo del tabaco prodúcese en el agua del depósito un ruido muy parecido al de un puchero hirviendo ó al de los intestinos de un estómago vacío: da asco á quien lo ve por primera vez... y por centésima también... Bueno, pues esas pipas, hechas todas de cobre y que lleva cada uno no pequeña cantidad, quieren los nuevos amos convertirlas en chapecas para hacer rica á la nación, y los fumadores que fumen á la europea, en cigarrillos de papel, que sale más barato.

Las platerías dicen que también tienen un uso bastante superfluo, pues casi se reducen á hacer alhajas para las mujeres, quienes se llevan sólo en la cabeza la mayor parte de la riqueza china y encarecen con sus superfluidades la plata.

Otras reformas que atañen talmente al régimen de la nación y á la administración de justicia, tampoco se hacen esperar; ya comienzan, pero sin tener aún carácter definido. Si tengo humor y tiempo, quizás hable de algunas más adelante.

Los reformistas entran, pues, á saco en las vetustas costumbres chinas; yo creo que si procuran implantar las nuevas con prudencia, de la que van dando bastante buenas pruebas, lo conseguirán al fin sin apenas alboroto alguno ni gran cosa de protestas.

Aunque notes, lector amigo, en esta carta algún optimismo y entusiasmo por estos nuevos republicanos, no creas que me olvido de la moraleja de que «aunque á la mona la vistan de seda, mona se queda.» Los chinos seguirán siendo tan chinos como hasta ahora aunque se vistan de europeos. Nosotros creemos sinceramente que la causa de la Religión nada perderá con el nuevo régimen, y confiamos que ganará bastante; pero también reconocemos que nos espera un porvenir muy incierto lleno de incógnitas, que sólo con el tiempo podrán aclararse. ¡Dios sobre todo!

Quiera El operar en medio de todos estos cambios el mejor y más perfecto que puede haber en el hombre, el del corazón, convirtiendo á todos estos infieles en fervorosos creyentes y adoradores suyos. ¡Así sea!

## NOTICIAS VARIAS

### Costa de Marfil (Africa occidental)

*En plena selva virgen.*—El R. P. Almarie, de las Misiones Africanas de Lyon, escribe de Memni, con fecha 2 de Enero de 1912:

«Ni imaginar podéis qué es la gran ciudad de Memni: una población de cerca 3,000 habitantes, cómodamente domiciliados en casas que forman una sola calle, monótona, interminable.

«La artillería y la caballería no podrían llegar hasta la ciudad; sólo la infantería ligera acabaría por descubrir su escondite, á condición de estar provista de un buen guía. Es la selva inmensa, la selva virgen en toda su grandeza, ó quizás dijera mejor una serie de selvas vírgenes, ricas en árboles gigantescos, palacios de millares de monos y papagayos, que seculares lianas lazan de mil maneras y cuyas copas se confunden con las más altas ramas de los arbustos, y éstos con las hierbas en tejido imposible de romper: los ciudadanos de Memni han abierto á través de vegetación tan exuberante, estrecho sendero que los pies desnudos de los negros, á fuerza de pisar, han mejorado. Este es el escenario en el cual he sido llamado á hacer mis primeras armas al lado del R. P. Merand, un anciano que tiene buenos pies, vista de lince, salud envidiable y paciencia y dulzura angelicales.

«Somos los dos únicos blancos del país. Nuestros cristianos apenas suman 150; en cambio, los catecúmenos son muy numerosos. Como aún no conozco la lengua, me ocupo un poco en el trabajo manual. He reparado la empalizada del jardín, que franqueaban las cabras en incursiones tan frecuentes como intempestivas, para venir á comer las judías, rábanos, etc. Además, como construimos una iglesia de piedra con cal y arena, hago de albañil, con lo cual, dicho está, que al acabar el día me siento no poco fatigado, y que duermo las noches enteritas, feliz...

### Bombay

*Progresos de la fe.*—Sus progresos en esta archidiócesis en la Misión de Suserat, los describe el P. Bernardo Wildenhues, S. J., de este modo: «La semana pasada (14 Diciembre 1911), fué rica en felices acontecimientos; porque, en primer lugar, el 8 fué consagrada solemnemente nuestra Misión de Nariad por el señor Arzobispo P. Jürgens, S. J. Tuvimos un gran número de catecúmenos, á quienes preparamos para el bautismo, confesión y Comunión. El miércoles bautizamos aún otros 41 jóvenes, y en los tres días siguientes otros 30 entre niños y niñas, recibiendo unos 50 de ellos el 10 de Diciembre la primera Comunión. El número de los bautizados este año, contando unos diez que lo fueron por las Hermanas en la hora de la muerte, pasa de 200; y si contamos los nuevos cristianos de las otras dos Estaciones, por no tenerlos aún la de Nariad, suben, sin los moribundos, á 400. Para el año que viene tenemos fundadas esperanzas de que aumentarán, porque, así como este año han entrado unos quince pueblos, vendrán otros el año próximo.»

### Turquía

*Para una iglesia en Turquía.*—El R. P. Nicolás Vuccino, cura de la Parroquia de San Juan Bautista, de Scutari, cerca de Constantinopla, nos escribe lo siguiente:

«El lastimoso estado de nuestra pobre capilla parroquial y su insuficiencia por el gran número de mis feligreses, me



obligan á construir una pequeña iglesia. Desgraciadamente, no tengo para ello los recursos necesarios. He aquí el motivo de dirigirme á los lectores de LAS MISIONES CATÓLICAS. S. Exc. Mgr. Sardi, delegado apostólico en Constantinopla, me ha dado dos mil francos; M. Dobry, visitador de las Misiones Lazaristas, me ha ofrecido un terreno que su Congregación posee en Scutari, en el barrio católico; los señores embajadores de Francia, Austria-Ungría, Italia, Inglaterra y muchos sacerdotes y fieles, me han dado su óbolo, cada uno según sus medios y su generosidad. Pero aún me falta mucho para los cuarenta mil francos que me pide el arquitecto para hacer la iglesia y una pequeña casa rectoral al lado. Confío en que los lectores de LAS MISIONES CATÓLICAS se compadecerán de este pobre amigo de los turcos.

### India inglesa

*Lo que cuesta una visita.*—Durante los meses de Diciembre y Enero últimos, la India ha sido teatro de escenas sin precedentes en los anales de su larga historia. Desde el 2 de Diciembre en que el Rey-Emperador y la Reina-Emperatriz pisaron tierra indiana, hasta el 12 de Enero, en que reembarcaron para Inglaterra, en las grandes ciudades y en los apartados villorrios, se han venido celebrando, con pompa inusitada, solemnidades en honor de los Augustos Monarcas. El perfecto orden, con que todas ellas se han llevado á cabo, revela el gran talento organizador inglés, y es á la vez la mejor recompensa de la ardua labor de los encargados de ejecutar plan tan vasto. Pero lo que pone más de relieve el ingenio inglés en el acontecimiento, es el carácter peculiar, y á la vez muy en consonancia con las aspiraciones del pueblo, que han sabido darle. Todos los pueblos y todas las gentes del extenso imperio, aun los más apartados de los centros de la civilización, se han unido para festejar la venida del Emperador.

Seguramente que no existe un villorrio en toda la India, en donde en mayor ó menor escala, no se haya celebrado el acontecimiento.

La presencia de los Soberanos se ha hecho sentir en todas partes. Si el *Durbar* no hubiera sido algo más que el despliegue de gala y pompa orientales y el desfile de tropas en Delhi y en algunas de las ciudades de gran importancia, hubiera carecido de mérito práctico. Mas no; los ingleses conocen perfectamente el pueblo que tratan, sus aspiraciones, sus anhelos y el medio de conquistar su afecto. Por esta razón, una vez que se conoció oficialmente la voluntad del Rey-Emperador de visitar sus distantes territorios indianos, todos sus consejeros y ministros se consagraron á revestir su venida en el imperio de toda la pompa y majestad posibles, á fin de excitar la imaginación oriental. Dicho corriente era en los días en que se preparaba la venida que ésta había de ser todo lo pomposa posible, sin considerar el coste y expensas, ó que de otro modo no debía verificarse. Todos debían tomar parte en los homenajes, y todos, á la vez, debían participar de las gracias del Rey-Emperador. De este modo el talento inglés ha sabido hacer del *Durbar* un acontecimiento eminentemente popular.

¿Mas, cuál ha sido el coste de todas las solemnidades? Atendida la constitución política de la India, es muy difícil reunir datos completos de las expensas; puede, sin embargo, afirmarse que el total de gastos alcanza una cifra espantosa. Tenemos á la vista un extracto de las sumas que, de las arcas del tesoro imperial, se han expendido. Sin descender á detalles, que no juzgamos de utilidad á nuestros lectores, el presupuesto de gastos en globo, asciende á *veintisiete millo-*

*nes de pesetas.* A ésta, ya de suyo considerable suma, hay que añadir los gastos que, las gracias concedidas por el Rey-Emperador, acarrearán al tesoro del Imperio. Su Majestad Imperial anunció que á los oficiales civiles y á los que sirven en la Armada, se les conceda *medio mes* de paga, como recompensa de los servicios prestados al Imperio y de sus trabajos en la preparación del *Durbar*. Estas recompensas alcanzarán la suma de 500,000 libras esterlinas, es decir, *trece millones quinientas mil pesetas* aproximadamente. Además, el Rey-Emperador mandó que, á fin de atender mejor á las necesidades de la Educación de sus súbditos indianos, se añadan al presupuesto vigente en ese ramo 50 lakhs de rupias, aproximadamente *ocho millones novecientas noventa mil pesetas.*

Además de las sumas expendidas de las arcas del tesoro imperial, es preciso, para llegar á una idea aproximada del coste de la visita de los Soberanos, tener en cuenta la suma que de las arcas de las respectivas provincias y reinos tributarios se han gastado ya en *tours* y alojamientos en Delhi, ya también en solemnidades en las propias provincias. Como estos datos no se han publicado sino en las propias provincias y reinos, es difícil adquirirlos en otros lugares. En el reino de Travancore el presupuesto para los gastos del *tour* y demás del Majaraha y sus acompañantes era de 5 laks de rupias, aproximadamente *un millón ciento veinticinco mil pesetas*; y en el de Cochín, reino algo inferior al de Travancore, 4 laks, es decir, *un millón de pesetas* aproximadamente. Las provincias y reinos superiores á los citados, ya en rango, ya en extensión territorial, y por consiguiente, con más fuentes de riqueza nacional á su disposición, habrán expendido en proporción. A los gastos en *tours* y alojamientos en Delhi, hay que añadir lo expendido en iluminaciones, premios de sports, etc., en las capitales y ciudades principales de los propios reinos y provincias. Nota edificante y humanitaria, sobre todo tratándose de gobiernos paganos, fué la alimentación de los pobres y menesterosos. De este modo, á todos han alcanzado las gracias del Rey-Emperador. Los niños de las escuelas recibieron dulces y medallas conmemorativas de la Coronación.—FR. BRUNO de S. JOSÉ, C. D.

### India

*Leprosos*—Las Misiones Católicas alemanas dan detallada cuenta del fruto obtenido en este último año en la leprosería de San Juan en Mandalay. La obra del mártir de los leprosos, P. Damián, de los Sagrados Corazones de Picpus, continuada en diversas partes del mundo por otros Religiosos, lleva el sello de las obras de Dios, bendecida por El cada vez más y admirada de los hombres en la proporción de que es conocida.

El P. Bouffanais comunica á *Las Misiones* los datos siguientes acerca del año pasado. La leprosería de San Juan ha sostenido á 550 personas entre leprosos, enfermos de todo linaje, niños huérfanos ó abandonados y ancianos desvalidos, todo á fuerza de limosnas, recogidas en su mayor parte en Europa. El número de los leprosos recogidos y asistidos hasta ahora llega á 2,000, de los cuales casi todos han hallado aquí el camino para la verdadera fe y el billete de entrada en el cielo.

### Tokio (Japón)

*En el Sagrado Corazón.*—El P. Tsutsihassi, de la Compañía de Jesús, japonés, antiguo Sub-director del Observatorio de Zo-sé (Kian-Nang), y ahora individuo de la Sociedad astronómica de Tokio, es también un celoso misionero, Padre encar-



gado de la dirección espiritual de la servidumbre de la casa del Sagrado Corazón, confesor de los españoles, y da además los Ejercicios espirituales á los alumnos y alumnas de la misma. Las Religiosas del Sagrado Corazón han abierto en Kobe otro colegio.

### Tonkín marítimo

*Miseria.*—M. Bourlet, de las Misiones Extranjeras, nos escribe desde Thanh-Hoá:

«Si Dios ama á los que prueba, de una manera especial debe querer á la Parroquia de Thanh-Hoá. Ya en 1910 se perdió casi completamente la cosecha, debido á que las orugas devoraron el arroz al tiempo de espigar. En 1911, lo mató persistente sequía, de la que sólo se libraron algunos terrenos privilegiados. Los arrozales que suelen rendir el ciento por uno, en estos tres últimos años apenas han devuelto la semilla.

«A quince kilómetros de aquí, un pueblo recién convertido, hace dos años que no cosecha ni un solo grano.

«Un pueblo vecino esperaba cosechar algo, cuando un tifón todo lo destruyó. Y para colmo de desgracias, el Gobierno les ha exigido el pago de la contribución. Y han vendido el ganado y los enseres de uso más necesario; después se han

dispersado por todo el Annam en busca de algo con que no morir de hambre. Sólo en la Parroquia de Thanh-Hoá, son cuatro las cristiandades que no han recogido ni un solo grano de arroz. ¿Cómo vivirán estas pobres gentes hasta la próxima cosecha? ¿De qué manera se procurarán la simiente necesaria para las siembras del año que viene?

«Cada día me visitan para contarme sus miserias: «Padre, ayudadnos, ó sino deberemos partir, irnos á países paganos, «donde amenazarán á nuestra alma graves peligros; y quizás «moriremos durante el camino sin que un sacerdote nos dé «la absolución.»

Oyendo tales quejas mi corazón se oprime; quisiera conservar mi pequeña familia y el espíritu cristiano que hoy la anima y que tanto trabajo me ha dado para implantarlo. Pero á pesar de mis anhelos sólo puedo contestarles: «No tengo nada.»

Ayer un pueblo pagano acudió en masa á mi residencia.

«Padre, acogednos por hijos vuestros, y no nos abandonéis. «Anticipadnos por cinco meses lo que necesitamos para sembrar nuestros arrozales; si lo hacéis, podremos quedarnos en «casa y estudiar la Religión.»

Mi última resolución es no recibir á nadie.

¡Dígnase la divina Providencia tocar el corazón de las personas generosas que leerán esas líneas!

## MOGOLIA PINTORESCA

### LA MONTAÑA. — LA SELVA IMPERIAL. — EL LLANO

POR EL R. P. LUIS KERVYN

DEL SEMINARIO DE SCHEUT-LEZ-BRUXELLES, MISIONERO EN NUESTRA SEÑORA DE LOS PINOS (MOGOLIA ORIENTAL)

(Continuación)



LA monotonía y la soledad dijérase son las características de la inmensa meseta mogul. La vida, al parecer, la ha abandonado, y sólo reina en ella el viento, que regala al viajero eólicas quejas, ó rugidos de tempestad que ni hay eco que repita ni árboles que aumenten al chocar con su ramaje.

Pero mirad, ¿qué son estas masas que se agitan, estas siluetas indecisas, sombras fugitivas, manchas que corren veloces, líneas que se rompen y cambian de forma con inconcebible facilidad, que se alejan, se acercan y vuelven á alejarse, perdiéndose de súbito en la inmensidad gris de este océano sin límites? Son los antílopes, los rebaños de cabras de piel amarilla, llamados por esta razón por los indígenas *hoang-yang* (cabras amarillas). La *hoang-yang* es la *procapra gutturosa* de los naturalistas. De la talla de un carnero, este antílope es tímido en demasía, y la agilidad de piernas, hechas para salvar grandes distancias, le sirve para librarse de la desagradable vecindad de los cazadores del país, que lo persiguen atraídos por su carne succulenta; aseguran que el *hoang-yang* es un plato delicioso, más delicado que el corzo y más jugoso que la liebre.

Los mogoles, que son intrépidos caballeros, dignos de los corceles fogosos que montan con la audacia y la

desenvoltura de un indio de las Pampas ó de un *cow-boy* del Texas, gustan de luchar en velocidad con estos inocentes cuadrúpedos de la meseta; á fuerza de astucia logran encerrarlos en un círculo de fuego, donde fusiles y arcos siembran la carnicería y la muerte.

«Los antílopes de Mogolia, escribe Prjévalski, se reúnen en rebaños que varían de cien á mil individuos: los más numerosos se encuentran sólo en lugares abundantes en pastos; la generalidad de los rebaños cuenta treinta ó cuarenta cabezas. Cuidando siempre de evitar la vecindad del hombre, pasan de un lugar á otro según la estación y según la abundancia de las hierbas. Acostumbran á vivir en tierra llana, pero en primavera se trasladan á las mesetas, porque éstas se visten de hierba tierna antes que las llanuras. Rara vez se oye la voz de estos animales, y sólo la emiten los machos: es un balido fuerte y seco. Tienen los sentidos admirablemente desarrollados: su olfato, su vista y su oído asombran. Corren más que el viento, y gracias á todas estas cualidades, se libran de las persecuciones del hombre y de los lobos.

«La caza de los antílopes es difícilísima, por las precauciones que toman y por su resistencia vital á las heridas. En tierra llana no hay quien logre verlos á tiro. Cuando los centinelas del rebaño descubren al perseguidor, todos huyen á distancias dos veces mayores de las precisas para salvarse. Sólo en terreno acciden-





NORUEGA.—Vista parcial de Cristianía.—El palacio real: la calle Karl-Johan.—Reproducción de fotografía remitida por el R. P. Lamotte, O. P.

tado y á fuerza de ingenio y precauciones es posible acercárseles hasta trescientos y rara vez hasta doscientos metros; sería temerario, y se acreditaría de muy inexperto, el cazador que á esta distancia creyera segura la presa. Para que la bala de una buena carabina mate un antílope situado á doscientos pasos, es preciso que se aloje en el corazón, en la cabeza ó en la espina dorsal. En cualquier otro caso el antílope, aun mortalmente herido, corre con tan vertiginosa velocidad, que es pieza perdida para el cazador: con una pierna rota corre mucho más que el mejor caballo. Precisa, pues, un fusil de gran alcance, y bueno será advertir al cazador europeo que para cazar antílopes en los desiertos asiáticos prescinda de su ciencia cinegética y aprenda de los cazadores indígenas.»

#### IV.—Las cabras monteses

En el extremo norte del Main tien-tze, donde se pierde la meseta en las faldas de montes altísimos, viven aún hoy dos especies de cabras monteses, á una de las cuales, la *ovis jubata Peters*, llaman los chinos *p'ay-yang* (ovejún espiral), aludiendo á sus cuernos que, retorciéndose sobre sí mismos, coronan la cabeza y le dan esbeltez y majestad.

Compone la otra especie la célebre *argali* de Siberia, *ovis Annon*, á la cual los indígenas chinos, fijándose en el color gris de la piel, llaman *ts'ing yang* (carnero azul). La *argali*, que suele medir 1'30 metros, habita las cimas de las mas altas montañas: es cada día más rara en toda la Mogolia. Las hay que alcanzan la talla de un gamo; su piel es lisa y de color gris leonado en verano; en cambio, en invierno es densa, larga y rizada, tiene color gris rosado con manchas blancas en el hocico, el cuello y el bajo vientre. Esta piel, exportada á Europa, sirve para confeccionar las apreciadas alfom-

bras de «cabra de Mogolia;» sin embargo, creo que no pocas, sino muchas veces, proporcionan la primera materia para estos tapices pieles de la vulgar cabra doméstica, de los montañeses mogoles, las cuales, aunque también son grises, aquí se venden á cinco ó seis francos.

Lo que caracteriza en especial el carnero de que hablamos son sus cuernos de prodigioso desarrollo; casi unidos en la base, cubren por completo la cabeza, dirigiéndose primero hacia atrás, algo ladeados, para volver luego hacia adelante y acabar inclinando los extremos uno á cada lado. La esbeltez de sus cuernos, sumada á la de sus formas, al soberbio aspecto del animal, á sus piernas delgadas y perfiladas con el más exquisito arte, hace del *argali* el más notable huésped de los montes septentrionales de la Mogolia.

Como queda dicho, el «carnero azul» gusta de vivir en los picos más inaccesibles, y en primavera, cuando la hierba tierna viste las mesetas, á ellas va y se reúne á los rebaños de antílopes. Cuando han fijado su residencia en un grupo de montañas, suelen vivir en ellas largos años. La delicadeza de sus sentidos es admirable, y cuando han aprendido á desconfiar del hombre, son muy difíciles de cazar. Suelen ir en grupos de cinco á quince cabezas. Si cuando están paciéndose temen, destacan un vigía, que sube en la más alta de las rocas vecinas, examina el horizonte durante unos minutos, y luego vuelve á tranquilizar á sus alarmados compañeros. Cada rebaño tiene su jefe, que, al descubrir ó sospechar el peligro, silba de manera original, semejante á la que emplean los cazadores para llamarse. Horas enteras pasa á veces de pie en lo más alto de una roca, inmóvil cual estatua. Al llegar el sol á la mitad de su carrera la cabra silvestre siente sueño, y tumbada sobre su costado, estiradas las piernas cual suelen los



perros, duerme una deliciosa ciestecita. Cuando hiere el oído de la bestia el ruido, aunque sea lejano, de un disparo de fusil, todo el rebaño echa á correr con velocidad loca, pero á los pocos instantes pára de súbito: alta la cabeza, prontas las piernas, muy abiertos los ojos, exploran de dónde amenaza el peligro. Un cazador práctico puede aprovechar estos instantes para ponerse á tiro. Para distraer la atención de estos ligeros animales suelen los cazadores servirse de un pedazo de blanca tela atado al extremo de un palo. Como sus compañeros los antílopes, rara vez mueren de un tiro: heridos mortalmente, huyen veloces como el rayo, y enloquecidos quizás por el dolor saltan rocas y quebradas y se precipitan por despeñaderos, yendo á morir en el fondo de profundos barrancos á larga distancia de donde le hirió el cazador... La cabra montés es un

animal tímido, manso. Sus enemigos son no sólo los cazadores, sino también los lobos, que gustan de su carne: logran apoderarse de los animales jóvenes, pero no de los adultos, que, gracias á sus buenas piernas, les escapan con gran facilidad.

Hombres y lobos no son los únicos que matan estos curiosos animales. Ellos mismos son á veces sus mortales enemigos. En determinadas épocas del año los machos se desafían con implacable saña; otras veces saltando de roca en roca calculan mal la distancia y se matan, porque el peso de sus enormes cuernos hace que al caer den de cabeza contra la roca que intentaban escalar.

(Continuará).

## LA MISIÓN DE VERÁPOLY

(INDIA MALABAR)



ENTRE todas las Misiones de la India una de las más florecientes es la de Verápoly, encomendada á los Carmelitas Descalzos españoles, situada en la extremidad sudoeste de la India entre los grados 9°20' y 10°48' de latitud Norte, y 76°5' y 77°25' de longitud

Este, y abrazando en su territorio la parte Norte del reino de Travancore y casi todo el reino de Cochin. De una población total de 1.860,000 próximamente, la Misión de Verápoly cuenta con unos 80,000 católicos, lo cual si se compara con el número proporcionado de católicos existentes en cada una de las demás Misiones, hay que reconocer que es un número altamente consolador. Sin embargo, y aunque el resultado de los trabajos apostólicos ha sido en Verápoly hasta ahora copioso y de abundantes frutos, debemos de confesar que mucho por hacer y un campo vasto por trabajar hay aún delante de nosotros.

Sin entrar en la cuenta á los mahometanos, protestantes y otras diferentes sectas de menor importancia, existen actualmente en el territorio de la Misión de Verápoly cerca de 1.200,000 paganos, esperando que amanezca para ellos la aurora de la revelación de Cristo. La Misión de Verápoly tiene su vista puesta en este hecho, y sabiendo á cuánto llega su responsabilidad al encargarse de este puesto en el plan de la evangelización del mundo, fiel al divino precepto: *compelle intrare*, y siguiendo en un todo las instrucciones de la Sagrada Congregación de Propaganda Fide, tiene destinados un cierto número de misioneros europeos y de sacerdotes indígenas que, libres del cuidado de cristiandades ya organizadas y adultas, se consagren sólo y exclusivamente al trabajo de la conversión de los paganos.

El principal centro del trabajo de conversiones en esta Misión está en la actualidad en el distrito de Cotayam. Establecióse allí esta gran obra hace unos 25 años, y en este período, á pesar de las muchas dificultades y necesidades grandes por que ha habido que pasar, nuestros celosos é infatigables misioneros han llevado á cabo una obra digna del mayor encomio. Hoy existen ya allí diez iglesias, cada una con un crecido número de cristianos, todos nuevos conversos; trece escuelas; un asilo de niños huérfanos bajo el cuidado de los Hermanos de Santa Teresa; y un Convento de Terciarias Carmelitas que tienen un Colegio y otro asilo para niñas huérfanas; y además, seis misioneros europeos y tres sacerdotes indígenas, encargados de llevar adelante la obra de las conversiones.

Las conversiones se hacen todas, excepto en algunos casos individuales, de entre las castas bajas de Pulayahs y Pariahs, si bien ahora nos disponemos á organizar esta obra entre la casta, algo superior á aquéllas, de Dzhuvans ó Chogans. Lo mismo que sucede en casi todo el resto de la India, aquí no ha comenzado aun el movimiento de las castas altas hacia la Religión católica, lo cual debe atribuirse á muchas y diversas causas, entre ellas, el orgullo innato de las castas altas; su aversión á mezclarse y conversar con gente de casta baja, cuya sola aproximación basta para que se consideren contaminados; las leyes vigentes respecto á matrimonios y herencias entre las castas altas, en virtud de las cuales los que se convierten quedan desamparados de todo favor y reducidos á un estado extremadamente miserable; y por último, la misma educación que se da en las escuelas, montadas á la moderna, y reglamentadas por el Gobierno. En la India, bajo la dominación Británica, el sistema educacional de las escuelas, puramente laico y basado en una completa indiferencia en cuanto á Religión, á la vez que mina y socava la religión hindu, predispone la juventud contra



todo credo religioso y forma determinada de culto, produciendo generaciones indiferentes, sino irreligiosas y ateas. A lo menos que cambie el sistema educacional en la India, no podemos esperar que los principios de la Religión Católica ejerzan influencia decisiva en la mente de las castas altas, cuya juventud va en masa á las escuelas y colegios en busca de una educación y enseñanza puramente profana, que se ha acreditado entre ellos á fuerza de llamarse *moderna* y decir que se halla en boga en el Occidente.

La conversión de las castas bajas no tropieza, afortunadamente, con estas dificultades: esa pobre gente nada tiene que perder al hacerse cristianos; formando el último peldaño de la escala social, no tienen prejuicios de casta que les impida mezclarse con otros, ni temor de contaminarse con la conversión de nadie, y más bien, al ser admitidos en la sociedad cristiana, su estado social es elevado y ennoblecido; y por otra parte, siendo como son, sencillos, tímidos, de religioso instinto, son materia dispuesta para recibir la influencia de las verdades y dogmas de la Religión cristiana.

La única dificultad real que de su parte puede haber para abrazar el Cristianismo se encuentra en el caso de alianzas matrimoniales, pues al principio no es fácil encontrar personas de su rango social para contraer matrimonio en los lugares donde suelen vivir, y no puede pensarse en trasladarlos para ese efecto á otra región. Pero es esta una dificultad con que sólo se tropieza al empezar las conversiones en un lugar determinado; una vez se ha obtenido la conversión de buen número de ellos, la dificultad queda resuelta y por sí misma desaparece.

Pero hay otra dificultad, de la cual no son responsables estas pobres gentes, y que toda entera carga sobre el misionero, y es la pobreza, la insuficiencia de recursos pecuniarios. La conversión de las castas bajas en la India requiere, no sólo el trabajo personal del Misionero, sino además una suma no pequeña de dinero. Como esta pobre gente vive al día, de su trabajo manual, no puede esperarse que puedan alimentarse de sus fondos mientras están en el catecumenato, y mucho menos que ayuden al Misionero para edificar la iglesia y establecer una escuela que después de convertirse han de necesitar; antes bien, ellos son los que han de recibir toda clase de ayuda de parte del Misionero. El acudir al catecumenato para ser instruídos en los rudimentos de la fe antes de recibir el Bautismo, trae consigo la interrupción de su trabajo manual en los campos de arroz, y por consiguiente la privación de sus míseros jornales; por lo cual sobre el Misionero recae necesariamente la carga de alimentarles todo el tiempo que deban asistir al catecumenato. Además de esto, el día del bautismo deben de ser provistos de vestido nuevo, para aparecer decentemente trajeados como día de gala; y si son muchos los convertidos en un lugar, el Misionero, y él solo, tiene que pensar y arreglárselas para edificar allí una iglesia, y abrir una escuela, y designar un sacerdote, ó siquiera un catequista que quede entre ellos para llevar á feliz término su instruc-

ción religiosa y disciplinar su conducta moral y modo de ser. Ahora bien, ¿de dónde sacará el Misionero dinero para todos estos gastos? Fuera de la caridad de los católicos de Europa y América, no hay solución para este problema.

Estoy seguro que si tuviéramos suficientes medios, sería cosa de muy pocos años la conversión de unos 40,000 paganos pulayahs y pariahs que aún hay en el distrito de Cottayam, y asimismo podríamos organizar en varios otros puntos de la Misión nuevos distritos de conversiones, con tan buenos resultados como los obtenidos en el distrito de Cottayam; pero ¿dónde hallar los recursos para llevar á cabo tal Obra?

Es cosa triste, pero de ocurrencia diaria, tener que cerrar nuestros oídos á la petición de millares de pobres paganos que vienen á nosotros pidiendo ser instruídos en la Religión cristiana y bautizados. Cuántas veces nuestro venerable Prelado, el Sr. Arzobispo de Verápoly, se ve precisado á responder á tales peticiones: "Hijos míos, no tengo recursos al presente: esperad algún tiempo y orad entretanto." A veces he creído adivinar en su semblante, que su corazón apostólico, que arde de celo por la conversión de las almas, luchaba consigo y estaba á punto de contestar: "Queridos hijos, es verdad que carezco de recursos para sufragar los gastos de vuestra instrucción religiosa, para edificaros iglesia, pagar maestro y catequista, etc.; pero, no importa, venderé mi cruz pectoral y anillo, mi mitra y báculo, y yo mismo, vestido como el más pobre de los misioneros, iré con vosotros, y seré vuestro catequista, y enseñaré en la escuela á vuestros hijos, y si no tenemos iglesia, dispondremos á lo menos de una choza de paja para ofrecer el Santo Sacrificio y adorar á nuestro Dios."

Y el desconsuelo que no puede menos de producir el ver nuestra imposibilidad de atender á los buenos deseos y disposición de esta pobre gente, sube de punto al considerar la incertidumbre de que pasada la favorable ocasión presente, vuelva á ofrecerse en adelante; de que el llamamiento de la divina gracia halle más tarde la misma docilidad en esos rudos corazones; y sobre todo que los protestantes, á quienes no falta dinero y no ignoran nuestra precaria situación, no quieran aprovecharse de ella para ganar á esas pobres gentes, cosa no difícil, y llevarlas al culto y religión de un Cristo desfigurado y contrahecho.

He aquí una obra en que los lectores de *Las Misiones Católicas* pueden dar tanta gloria á Dios, ayudando con su óbolo al Misionero católico, extendiendo generosamente su mano á estos compatriotas suyos que en esta lejana Misión de Verápoly buscan, á trueque de mil sacrificios, privaciones y penalidades, la *oveja perdida* para atraerla al redil del Buen Pastor, extienden solícitos la semilla de la palabra divina en estos campos inmensos del paganismo, y guerrearán, con el esfuerzo que da la fe, para derrocar el imperio del demonio y dilatar por todas partes el reino de Dios.

FR. ANGEL MARÍA, C. D.  
Misionero Apostólico.





Clisé de la Sociedad de San Pedro Claver.

## FERNANDO POO.—LA SOLEMNE PROCESIÓN DEL DÍA DE «CORPUS CHRISTI.»

Las niñas vestidas de blanco que se ven en la procesión, son alumnas de una de las dos escuelas, de la de Corisco, que para niñas ha fundado el Ilmo. Sr. Armengol Coll, vicario apostólico de Fernando Poo. Esta escuela de Corisco fué la últimamente fundada; data de 1890. Contaban los misioneros con que el Gobierno de la metrópoli pagaría el edificio indispensable para la escuela; no fué así, y los misioneros pagaron un caserón de madera que hoy, á los veinte años, está amenazando ruina.—Cuántas veces han reclamado á las Autoridades civiles ha sido en vano.—La Misión carece de recursos para la construcción del nuevo edificio que es de urgente necesidad: precisan tres mil pesetas: á los católicos españoles, cooperadores de la santa Obra de la Propagación de la Fe tendemos la mano en demanda de la limosna, que salvará de la ruina la floreciente escuela católica de Corisco. La limosna será premiada por Dios, pues ayudará á salvar almas, y agradecida por todos los amigos de la grandeza de España, pues contribuirá á la civilización de una de sus colonias.

## AMÉRICA DEL SUR.—EN LA FALDA DE LOS ANDES

## ANNUY-CAR



CERCÁNDOME á un rancho de indígenas en el territorio del Chubut, en la hermosa vega del Río Mayo que bordea la falda de los Andes, fuí sorprendido por un recibimiento inesperado.

La tribu estaba dividida en dos alas; á una parte los hombres, y á la otra las mujeres; todos ellos cubiertos decentemente. Las mujeres estaban bien peinaditas y con la cara limpia, sin ostentación alguna de extrañas pinturas; los hombres estaban de pie, firmes y con la cabeza descubierta en actitud respetuosa.

Las mujeres, ordenadas en filas, cantaban no sé qué

canción festiva con un ritmo nuevo, original. Creí que celebraban alguna solemnidad suya, por lo cual apeándome del caballo me paré á cierta distancia é hice detener también á los dos jóvenes que me acompañaban, pues no quería interrumpir las ceremonias cuyo objeto ignoraba.

Terminado el canto, fuí invitado á acercarme; y con gran sorpresa mía supe, por boca del mismo cacique, que la fiesta era organizada por él, «para acoger dignamente al *hombre de Dios*,» como ellos decían, ó sea, al *Misionero*.

¿Y cómo á mí tal recibimiento?

Junto con mis catequistas había pasado, hacía algunos meses, á poca distancia de allí enseñando la verdad



del Evangelio á más de un centenar de infieles, á los cuales había predicado los misterios de nuestra Santa Fe y administrado el sacramento del Bautismo, de la Confirmación, y hasta el de la Sagrada Comuni3n á los que se hallaban mejor preparados; y todo con trabajo continuo, desinteresadamente, sin molestarles siquiera pidiéndoles un sorbo de agua, sino que al contrario, les repartí generosamente varios objetos de devoci3n.

Este espíritu de sacrificio propio del misionero cat3lico los cautivó, y poco á poco, de grupo en grupo, en todas estas familias indígenas, se sentía conversar de un «Padre con barba, un hombre bueno, *hombre de Dios*, que hablaba de cosas hermosas jamás oídas en lengua araucana.» Y ciertamente, en araucano había hecho entender como mejor pude á aquella gente todas las principales maravillas del *Buen Espíritu*, ó sea de Dios, de Jesucristo, de la Virgen, de la vida eterna, etcétera, etc.

Pero la verdadera promotora y alma de aquel festivo recibimiento fué una valiente cristiana, por nombre Annuy-Car, nombre que quiere decir «*Voy por lana*.»

Esta había asistido á una Misión dada en Valcheta hacía unos 10 años, y allí recibió el Bautismo en compa3ía de otros 150 indígenas; pertenecía á la tribu del cacique Sacomatra y había venido al Río Mayo para ver algunos parientes suyos. Ella fué la que sugirió la idea al Cacique de hacerme el recibimiento dicho.

En tanto, de pie y con las bridas del caballo en la mano, pregunté al Cacique si me permitía permanecer algunos días en su compa3ía. Contestóme que no sólo me lo permitía, sino que estaba contentísimo de poder tenerme en su rancho y que toda su gente estaba igualmente contenta, pues todos tenían vivo deseo de hacerse cristianos. Dicho esto llamó á una mujer y le dió orden de construirme un toldo cerca de su misma toldería, donde pude celebrar la Santa Misa y reunirlos para el catecismo.

Admirable fué la presteza con que me prepararon el toldo. Unos corrían á tomar gruesas cuerdas de piel de guanaco, otros á estacar ramas en el suelo, otros á doblarlas en forma de arco y atarlas con gruesos hilos de lana, mientras otros extendían las pieles y las sujetaban con hilos más delgados. Con tanta ligereza y desenvoltura trabajaban, que en menos de una hora mi toldo estaba listo; y no se crea que fuese tan pequeño, pues medía 6 metros de largo por 5 de ancho.

Antes de tomar posesi3n y mientras el Cacique me arreglaba un *tenteenpie*, habiendo asado en una hoguera un avestruz enterito, yo me acerqué á la buena cristiana de Valcheta y le dije:

—¿Cómo te llamas?

—Me llamo Annuy-Car; ¿no me conoces?

—¡Ah! sí, tienes raz3n; tu semblante no me es del todo desconocido. ¿Dónde nos habemos visto?

—En Valcheta hace diez años, cuando recibí de ti el bautismo.

—Me alegro mucho, buena hermana. ¿Recuerdas aún aquellas cosas que te enseñé?

—¡Vaya si las recuerdo! ¿Cómo podré olvidar aquellas hermosas cosas que nos enseñaste?

—¡Bien! Respóndeme á lo que te pregunte. ¿Hay Dios?

—*Dios mley* (hay Dios).

—¿Y cuántas personas hay en Dios?

—*Cla che mley* (en Dios hay tres personas).

—¡Muy bien! ¿sabes cómo se llaman?

—*Chao, Fothúm, Espiritu Santo, cay* (se llaman: Padre, Hijo y Espíritu Santo).

—Y estas tres personas, ¿son tres Dioses?

—*Mu Padre, quiñe muthen* (no, Padre; un solo Dios).

Mostrándole un Crucifijo le pregunté:

—¿Qué imagen es ésta?

—*¡Dios tañi Fothúm!* (representa el Hijo de Dios).

—¿Jesucristo es Dios?

—*May, Padre* (sí, Padre).

—¿Dónde murió?

—*¡Lay huente cruz meu!* (murió en cruz).

—¿Por qué murió?

—*Inchiñ meu tain monstuum cúthal massa meu, puam huena meu* (murió por salvarnos, por librarnos del infierno y hacernos dueños del Cielo).

—¿Tienes tú un alma?

—*May, miepin* (sí, Padre; tengo un alma).

—¿Y tu alma morirá?

—*Muea, Padre, lalay inche ñi púllú* (no, Padre; mi alma no morirá jamás).

—¿Y á dónde irá tu alma, después de la muerte, si es buena?

Alzando los ojos con una profunda expresi3n de fe, dijo:

—*¡Amuay hueny mu!* (irá al cielo).

—¿Y si es mala?

Arrugó la frente y, casi temblando, respondió como asustada:

—*¡Amuay cúthal mapu mu!* (irá al infierno).

—¿Y tú á dónde quieres ir después de la muerte?

Y ella con un suspiro lleno de afecto dijo:

—*Inche cupa amuan hueme mu* (yo quiero ir al cielo).

—¿Tu cuerpo resucitará al fin del mundo?

—*Calúl uñomogetuary...* (sí, Padre; mi cuerpo saldrá del sepulcro para volver á vivir con el alma).

—¿Y por cuánto tiempo estarán los buenos en el Paraíso y los malos en el infierno?

Annuy-Car, casi sin darme tiempo para terminar la pregunta, me respondió:

—*Afnoché chiparrutu meu* (por siempre).

—¿Quién manda la muerte á los hombres?

—*Dios múthen* (solamente Dios y ninguno más).

—Bien, bien; he terminado. El Señor te bendiga y te conceda una muerte santa y el Paraíso.

Es fácil imaginarse la satisfacci3n que me produciría oír de boca de una indígena estas palabras, contestadas con tanto acierto, precisi3n y soltura. Dí gracias á Dios y á María Auxiliadora por haberme hecho encontrar con un alma tan llena de fe, y rogué á la buena cristiana me ayudase con sus consejos para inducir á aquellos salvajes á que se aprovecharan y sacasen fruto de mi visita.

Annuy-Car se mostró celosísima, como un apóstol, durante todo el tiempo de la Misión. Era siempre la primera en acudir al toque de la campanilla y á la explicaci3n de la doctrina cristiana, que se hacía cuatro



veces al día. No dejó tampoco de asistir ni un solo día á la Santa Misa, servida por el catequista Gregorio Méndez, á la cual acudían hasta los indígenas que repetían varias oraciones guiados por el susodicho catequista. Fué un verdadero triunfo de la gracia, pues al fin de la Misión toda la tribu fué bautizada y recibió la Sagrada Comunión.

Hay á veces tan grandes consuelos espirituales, que el corazón sólo conoce y la lengua no los puede expresar; tal fué el que experimenté aquel día.

El Cacique, para hacer más solemne la fiesta, hizo matar dos bueyes muy gordos y distribuir la carne á toda la tribu. Después del modesto banquete, pasé de uno en uno repartiéndoles objetos de devoción; estampas, crucifijos, medallas y otras cosillas.

La despedida fué conmovedora. Recuerdo que, montado á caballo, aquellos pobres hijos del desierto se agrupaban en torno mío con mil muestras de agradecimiento. Diles las gracias con todo el afecto de mi corazón, y mientras me alejaba lentamente, ellos me seguían con la vista; y haciendo inclinaciones y reverencias batían con júbilo las manos, augurándome un buen viaje, en tanto que gritando todos á una me decían:

*Amuquellechi may, padiru, y em* (que Dios te acompañe, amado Padre; vuelve pronto á hacernos otra visita).

DOMINGO MILANESIO,  
*Misionero Salesiano.*



NORUEGA.—Alumna de la escuela católica de Tromsø, vistiendo el traje nacional.—Reproducción de fotografía remitida por el R. P. Lamotte, O. P.

## JAPÓN

EL MATRIMONIO Y SUS CEREMONIAS.—CÓMO SE CASAN Y SE DESCASAN LOS JAPONESES



CUANDO, hace ya bastantes años, llegué al Japón, después de haber pasado mucho tiempo entre los chinos, el contraste entre estos dos pueblos tan distanciados entre sí por las apariencias y condiciones de carácter, no podía ser más sorprendente y claro; sobre todo cuando se hace la comparación de la suma de energías desplegadas por el japonés para llegar á la altura á que se ha elevado, dejando al chino, hasta la hora presente, en un estancamiento incomprensible; no obstante que el primero, todo, todo lo que tiene, lo ha recibido del segundo: literatura, ciencias, costumbres, moral y religión; acomodándolo, es cierto, á su propio ser; dándole cierto carácter nacional, y quitando más bien que añadiendo cosas accidentales, que dan pompa y majestad en China, y revisten un carácter de simplicidad y sencillez en Japón: pero tan visibles y marcadas las huellas de su origen, que nadie, medianamente conocedor de ambos pueblos, puede dudar que lo existente en el imperio del Mikado, pueblo de no tan remota historia como dicen y escriben sus moradores, trae su origen de la secular y vetusta China, en tiempos antiguos su preceptora y maestra. El matrimonio figura en todos los pue-

blos, aun en los más incultos, como uno de los sucesos más importantes en la vida del hombre, si no es que ya se le considere como el principal de todos; puesto que al constituir la familia el individuo, empieza á obrar más directa y eficazmente sobre la sociedad á que pertenece, recibiendo en cambio ciertos derechos y contrayendo deberes, que vienen á ser como el complemento del individuo en el orden social.

Decir que en el Japón, este acto trascendental y único en la vida del hombre tiene poca importancia, sería tal vez exagerar demasiado: equipararlo también á la significación de irrevocable y formal, que desde el punto de vista social, civil y religioso, se da en casi todas las partes del mundo á este paso decisivo, sería sin duda afirmar una cosa poco ajustada á la verdad. El Japón, es verdad, tiene para el matrimonio sus preliminares, sus ceremonias, su solemnidad si se quiere; pero todo esto, que desde luego, ni de cerca ni de lejos se solemniza con ceremonia alguna religiosa, es considerado como un contrato puramente civil, al que se unen ciertas etiquetas tradicionales, que según los tiempos y lugares han variado, y desde poco tiempo acá está experimentando trascendentales reformas.

No hay que extrañarse por lo tanto que, á semejan-



za de otro contrato cualquiera, se deshace por voluntad mutua de los contratantes; y que en este caso del matrimonio, debido en las enseñanzas confucionistas y al ningún valor social que se da á la mujer, la voluntad y el capricho del mundo son «la razón de la sinrazón» de cualquier medida que se tome. El divorciarse por las siete causas que señaló Confucio y otras muchas que se pueden inventar, resulta extremadamente frecuente, y casi incomprensible para los educados en otra sociedad diferente. Consultada la mentalidad japonesa sobre esta materia, y las ideas corrientes y vulgares confirmadas por la práctica, salta en seguida á la vista la manera distinta de apreciar este hecho; resultando sobre todo extraño y chocante modo desde el punto de vista católico, en el que la indisolubilidad del vínculo matrimonial lo hace tan sagrado é intangible. Los primeros misioneros que llegaron al Japón hace cincuenta años, al encontrarse en este ambiente y tener que luchar con los hechos, preguntaron á Roma si debía considerarse como válido é indisoluble el matrimonio entre los japoneses, á pesar de las ideas corrientes en contrario. La respuesta, como no podía menos, fué que se consultasen los casos particulares; pues una solución general en sentido negativo hubiera trastornado toda la legislación canónica de la Iglesia, y el Japón hubiera quedado formando coro aparte, sin unión con los demás pueblos del mundo, en una materia tan esencial y casi se puede decir tan rudimentaria. Dejando la teoría y el derecho por los tratadistas, voy á dar una idea general de los hechos, empezando por los preliminares del matrimonio, las ceremonias que le acompañan, con algunas rarezas que en algunos pueblos están todavía en boga; y luego pasaremos breve revista á los efectos que de tal modo de comprender el matrimonio se siguen, y las reformas que con el tiempo son de esperar en pro de los derechos de la familia y de los vínculos matrimoniales.

Lo primero que hacen los padres japoneses que desean buscar colocación matrimonial para sus hijos, es entenderse con el casamentero, ó aquella persona que ha de hacer de medianera en este contrato, desde que se empieza hasta que se termina; y aún sus deberes continuarán más adelante en cosa de observancia. Nunca las familias interesadas tratan directamente este asunto, y mucho menos se pide parecer y consentimiento á los hijos, ni casi se les da cuenta de lo hecho hasta el momento de ejecutarlo. El medianero, á petición de una de las partes, buscará el muchacho ó muchacha con las condiciones que se le exigen, según la posición y determinadas circunstancias de la familia; y si rara vez se manifiesta á los varones, jamás, se puede decir, se interroga sobre el particular á la mujer. Dado el consentimiento á lo pedido, y arreglados en principio, siempre por medio del casamentero, se escoge un día determinado en el cual los futuros esposos, acompañados de alguno de la familia ó del medianero del matrimonio, acuden á un lugar para verse un instante y saludarse y por ese ligero vistazo formar opinión el uno del otro; cosa que si no es fácil tratándose aún solamente del exterior y cualidades físicas, puesto que para este caso se acicalan y piden al arte las bellezas que no tienen, es de todo punto imposible tratándose de las

cualidades buenas ó malas de carácter, del genio y prendas del alma de los respectivos novios. Siendo la primera vez, y con tal objeto conocido, la natural vergüenza de ambos, pero sobre todo de la mujer, impiden mirar de frente y fijarse en algunas cosas que en otras circunstancias tal vez le llamara la atención. El lugar para este «mi-ai» ó vista mutua, suele ser el teatro, una casa de té, un café diríamos en español, y siempre se procura que lleven nombre de prosperidad; por ejemplo, Kame-ya, casa de la tortuga; Tsuru-ya, casa de la grulla; símbolos estos dos nombres de longevidad ú otros parecidos. Nótese que en esta entrevista no es permitido beber té, cosa tan indispensable para los japoneses á todas las horas del día, y sobre todo en una visita. Beberlo en esta ocasión, según la creencia vulgar, daría lugar á romper las empezadas negociaciones del matrimonio; se bebe en cambio agua caliente, limonada ú otra bebida.

Antes de pasar adelante debemos advertir, que aunque este «mi-ai» ó «vista mutua» sea frecuente, no es del todo general, ni de esta ligera inspección de los novios suelen salir pocos ni muchos inconvenientes que deshagan los matrimonios previamente arreglados. Más aún; el casarse por retrato, ó con más propiedad, verse en retrato, dar el consentimiento, celebrar el convite de matrimonio en Shikoku, mientras el marido continuaba en Corea, como yo lo he presenciado; no es un caso de esos que en Japón se puedan llamar frecuentes, pero tampoco aislado y muchísimo menos raro. Si por parte del novio interviene un casamentero, como hemos dicho, por parte de la novia se añade otro; y cosa digna de notarse, siempre se escoge un matrimonio por ambas partes, y no viudos ni solteros. Indudablemente, la costumbre apoyada en la creencia popular quiere rodear este acto, hasta en sus menores detalles, de cosas que estén exentas de defectos y signifiquen perfección, como lo es en el caso un matrimonio cuyos cónyuges viven, y augurar por estos signos naturales la felicidad de los novios desposados. Cumplidas estas formalidades previas llega el momento de cambiar ciertos presentes que son, por decirlo así, la confirmación del contrato esponsalicio. Estos suelen ser por parte del novio un *obi* de seda, esa especie de ancha faja con que se ciñe los vestidos toda mujer japonesa, y que es una de las prendas más importantes y preciosas de la vestimenta femenina en Japón; algún *kimono*, vestido japonés, acompañado de algún pez, el llamado *tai* ó *surume*, y otras cosas en mayor ó menor cantidad, según los haberes de la familia. A veces se entrega corta cantidad en metálico, pongo por ejemplo 10 *yu* como mínimo, aumentando hasta centenares y miles en las familias de posición, prescindiendo en este caso de hacer otros regalos en especie. La costumbre general es regalar la novia á su prometido por lo menos la mitad del valor representado por el regalo de éste, devolviéndolo en la misma forma que se ha recibido, en dinero, ó bien en *akama*, *haori* ú otras prendas de vestir de los japoneses. Hecho el cambio de presentes ó regalos, y pasado el tiempo suficiente para preparar todo el ajuar necesario, que no suele costar muchos meses, se verifica la conducción y ceremonia nupcial.—(Se continuará).

JOSÉ M.<sup>a</sup> ALVAREZ, O. P.



## LA MISIÓN DE SAN JOSÉ DE NARGANÁ ENTRE LOS KARIBES

(República del Panamá)

(Continuación)

Dicen estos Caciques, á los cuales se ha añadido un enviado de los gentiles del Pacífico, que éste viene á averiguar la novedad ocurrida de la entrada del Padre á la gentilidad, que hasta allá repercutió. No es, pues, un puntico sin trascendencia la entrada y conversión de Narganá, como se verá. Con el relato se animaron Carlos y el señor Presidente, viendo que ya tenemos otros que sienten con nosotros, cuando hace un mes nadie nos quería, ni nadie de los huakas ó extranjeros se podía apear en sus islas. Añaden esos Caciques que ayudarán á Carlos para hacerme una casa-iglesia ó chozón grande. Animólos el Presidente en sus buenos deseos, ratificando que nos ayudaría á todos.

Tras la visita y comida acompañé á los huéspedes á Colón para que no les pasasen percances en el camino. Están satisfechísimos de la buena acogida. Se embarcaron en un cayuco de los cuatro que vinieron para llevar y escoltar á su Cacique. Carlos decía poco se le importaba lo que dijese de él los demás Caciques bárbaros; y así que haría casa para el Padre, aun á despecho de la restante gentilidad, á fin de que su pueblo se cristianice. Se consiguió, pues, el fin de este viaje, pues se cercioraron los indios de nuestra rectitud de miras, y no poco les admiró que en la casa del señor Obispo no entrase ni una mujer, sino sólo Eva, y eso por venir con su marido y ser el caso tan raro. Esto que vieron fué muy ponderado entre los indios, y ganamos así su confianza.

*Día 17.*—Vuelto yo de Colón, me encuentro con que el tristemente famoso Enrique, el que no me admitió en su isla, mandó á un emisario con dos cartas para el señor Presidente. En una, escrita por un blanco, daba parte que el Cacique de *Chachardi* se había ido á Bogotá para llamar á los colombianos contra Panamá. La verdad es que estos indios no quieren pertenecer ni á Panamá, ni á Colombia, ni á nadie. Pero se quieren aliar con cualquiera á trueque de echar al que más se les acerque. Como ahora Panamá está influyendo más de cerca con ellos, acuden á Colombia, como hace veinte años acudieron á la reina Victoria contra Colombia; y antiguamente acudieron al holandés contra el español; y al inglés contra el holandés; y al francés contra el inglés; y, finalmente, al español contra el francés, según reza la historia.

Esa ida de *Inanakiña* á Bogotá fué antes de mi ida á Narganá. En la otra carta, firmada con un garabato por el tal perverso *Enrique*, como General, y por el Mayor *Nieves*, por el Coronel, Cacique 2.º del Playón chico, á quien hoy llamamos *Santiago*, y por el que la traía, *Shopipihua*, Cabo, títulos todos adquiridos en la pasada revolución de la Independencia, expedidos por Huertas, decía que les había maravillado que hubiera yo ido á sus tierras sin que les avisase previamente el Presidente; y que ellos, los indios viejos, no querían Padre, si bien de los jóvenes podía hacer el Gobierno

lo que quisiera (1); y á ese efecto había en Panamá diecisiete muchachos para que les enseñasen lo que quisieran.—La verdad es que Enrique se ve arrinconado, pues considera la venida de Carlos como un triunfo de éste sobre él, cuando efectivamente Enrique siempre ha sido considerado entre los indios y por los revolucionarios de más prestigio que Carlos. El se tiene la culpa. Porque no me admitió en su isla, que es á donde fui primero.

Para que se vea la tontera del *tio* indio y su salvajismo. Trae el tal *Shopipi* las cartas contra mí, no me dió las pipas cuando bauticé su hijo, ¡y con todo me viene ahora á que le lleve al Presidente para entregarle las cartas y me pide de comer! Ese es el mundo. Me dice que mi fiscal José todos los días preside el original Rosario que en Narganá les enseñé. No se perdió la jornada, pues los gentiles hacen oración.

Tras la entrevista que hemos tenido con el Presidente, en que éste nos ha leído las cartas y *Shopipi* ha dicho que el Padre es muy bueno, pero que los viejos no quieren Padre porque sin él han vivido siempre, el Presidente ha contestado con la siguiente carta:

*Panamá, 18 Abril 1907.*

Sr. D. Enrique Clay y demás amigos.—San José de Narganá.

Estimados señores y buenos amigos: Mucho me complace saber por la lectura de sus cartas que Vds. están animados por deseos de progreso y que son amantes de la enseñanza, que significan el adelanto de los pueblos.—Aprovecho la oportunidad para hacerles saber que el P. Gassó no piensa establecerse en la tribu de ustedes (es decir, en su isla, sino en la de Carlos, por ahora), y sólo ha visitado á Narganá. Tampoco tiene la

(1) Engaña grande. Porque no hay gente peor entre esos indios karibes, salvo poquísimas excepciones, que los indios que han recibido alguna civilización. Y lo más doloroso, á los jóvenes que en estos siete años últimos se les ha dado más cristiana educación, á esos han hecho apostatar los viejos, dándoles oficio y ministerio en sus cultos y diabluras. Puede pues el Misionero gastar tesoros de paciencia enseñando muchachos para ese resultado. Los Obispos de Colombia dijeron: si queremos que Cristo reine en la Sociedad, es preciso que los Gobernantes sean cristianos; en Francia, dijeron, eduquemos la juventud y se cristianizará de nuevo Francia, y la pusieron en manos de Religiosos y Religiosas.

Fruto práctico: Colombia es hoy nacionalmente católica práctica, como lo prueban hechos como éste: en Salamina como 6,000 Comuniones en la plaza de *solos hombres*, y en Santa Rosa de Cabal comulga *cada día* el pueblo entero. Francia oficialmente *ultra-atea*, como todos saben.

En la práctica, pues, ¿qué se ha de hacer para arreglar una Sociedad ó cristianizarla? Conquistar las Cabezas, sin abandonar á los niños; que éstos practiquen hasta los perfiles, y aquéllos, por lo menos, lo substancial de la religión. Así obrarán nuestros antiguos y afortunados Misioneros con provecho, como dicen las Historias. Si se deja á los viejos, nunca la sociedad se cristianizará. Cristo enseñó á los doctores, escogió hombres y no niños para fundar su sociedad; y ésta tomó incremento con la conversión de Constantino emperador.



idea de llevar á esas regiones personas extrañas, pues el Gobierno de la República no desea sino el libre estado de Vds., sin valerse de ninguna influencia extraña, salvo la misma protección del Gobierno, pero no tiene otro objeto que la tranquilidad de Vds.—Comprendo que lo que Vds. dicen está comprobado con el envío de sus hijos á nuestras escuelas, los que estamos educando para que sean ellos quienes lleven la enseñanza á ustedes, y no individuos extraños á su raza (1). El Padre Gassó no va á quitarles nada, sino á cuidar de la generación venidera, como Vds. dicen y quieren; y no deben preocuparse creyendo que él busca otra cosa sino el bien de Vds., y no va á cambiarles los nombres de los padres, sino á ponerles nombre á los que no tienen.

No deben temer nada de la Misión de *Inanakiñá* (á Bogotá) porque no tendrá ningún resultado. El buque que dicen piensan traer (esos indios llamados colombianos) pueden tener seguridad de que no vendrá. Caso de que *Inanakiñá* quisiera hacerles algún daño, avisen en seguida á Panamá.—Crean Vds. firmemente que mi Gobierno no causará á Vds. nada que pueda redundar en mal de Vds.—Su amigo, Manuel Amador Guerrero.

(P. D.) Les agradecería mucho hicieran casa para el P. Gassó, quien estará allá dentro de un mes, y muestren actividad en la construcción de ella.

*Día 18.*—Un palenkeño encontró ayer en Colón á un indio racional de Río Sidra, y le preguntó: «¿Qué dicen los indios acerca del Padre?—Muy buen Padre; le queremos mucho, por lo que nos cuentan los Narganás, aunque no ha venido á nuestro pueblo; le queremos hacer una gran casa con alfombras, porque yo soy caballero y he visto hasta España y nos gusta á los buenos que nos venga Padre.» A eso repuso otro indio viejo, encarándose con el *huaka* palenkeño: «¿Qué te parece? Dios crió al perro, y hasta hoy es perro; Dios crió al tigre, y hasta hoy es tigre; Dios crió la gallina, y hasta hoy es gallina; crió Dios al indio, y ahora no quieren dejarnos ser indios.—Eso no se puede aguantar. Que nos dejen ser indios.»

Es que algunos *huakas* les han metido la idea que han de entrar los indios por el sistema ó aro moderno, al que justísimamente detestan, pues hace desgracias á las naciones, como les cuentan los indios corredores que van á muchas naciones, como dije, quienes por desgracia sólo ven en esa atmósfera podredumbre y maldad. El pobre indio cree que el Padre va á meterles ese espíritu egoísta, irreligioso, soberbio y deshonesto mediante la *karta*, como ellos dicen, ó letra. Tienen estos indios karibes cosas muy buenas, en las cuales se ve la huella de un grande apóstol ó misionero, que según la historia debe ser el P. Balburger,

(1) Medida esta prudente hoy por hoy, así para entrar, como por ser hoy tan poco á propósito, por su falta de religiosa piedad, al común de la gente para ayudar al Misionero; pero los antiguos Misioneros decían que para gobernar un pueblo de indios se necesitaba un cacique que por lo menos tuviera un quinto de español i. e. de europeo. *Intelligenti pauca*. No tiene bastante firmeza de carácter el indio y así la necesidad de algo de la raza europea. Lo mismo dijo San Xavier de los indios de Ceilán, etcétera, si bien cuando conoció á los japoneses dijo que éstos sí podrían formar iglesia sin rodrigones de portugueses ó europeos. La experiencia lo está demostrando.

año 1740, tales como que el indio ha de estar contento con su suerte y no querer optar á lo que no se ha hecho para él; que el indio ha de pensar mucho en Dios, y así se saludan: «¿En qué piensas?—Pienso en Dios;» y con frecuencia se reúnen para hablar de los caminos ó enseñanzas de Dios; que el indio no ha de ambicionar dinero, y al que lo ambiciona lo igualan quitándoselo y echándoselo al mar, etc., etc. Se ven cosas muy admirables en el asistir á los enfermos y moribundos, así en los parientes como en sus sacerdotes, que deben ser los antiguos fiscales del misionero; en el guardar la honestidad de las muchachas, en el recato conyugal, y eso que viven en chozones de veinte y treinta almas sin cuartos, ni tabiques, ni lienzo, etcétera, etc. Si se lograra quitar la causa de las borracheras, con sólo explicarles y hacerles rezar la Doctrina, quedarían muy buenos cristianos. Por eso á las enseñanzas de la Doctrina no repugnan, sino al modo de ser moderno, bien que hay un grupo pequeño de educados entre yankis ó yankizados que, teniendo una gran confusión de ideas, por detestar de algunas cosas de los viejos, detestan de todas sólo porque están encarnadas en los viejos, y admiten por el contrario todo lo moderno, á carga cerrada, bueno y malo, sobre todo malo, sólo porque es á la moderna ó que lo han visto en alguna parte por donde han corrido, sin fijarse si eso les conviene ó es para ellos. Gran discreción necesitará el misionero para hacer bien á los más y no disgustar á los de ese pequeño grupo, quienes hoy por hoy serán los que más le ayudarán.

Hasta hacer la segunda entrada á los indios me entretuve en arreglar mis apuntes y preparar al bautismo mis dos sacristancitos, quienes también aprendieron á ayudar la Misa.

#### Fundación del pueblo del Sagrado Corazón de Jesús.— Segunda entrada á las Indias Karibes del Panamá.

El día de la Santísima Trinidad, 26 de Mayo de 1907, zarpé de Colón, y llegué al quinto día, en un miserabilísimo balandrito de los indios del Tigres, capitaneado por el indio Sho al islote de éste, Nusatupu. Fuí en ese miserabilísimo barquito, que hacía mucha agua, porque no me quiso llevar ninguna otra embarcación de las varias de comerciantes, que van á la tal costa karibe, incluso el vaporcito que me llevó el primer viaje, alegando que si me llevaban, ó los matarían los indios, pues decían estaba toda la indiada, fuera de gran parte de los narganás, bravísima por haber aportado un desconocido á sus tierras, era yo; ó perderían el negocio, pues por llevarme no les comprarían los indios las mercancías.

No sabiendo yo cómo irme á los karibes, me mandó Dios cinco indios, quienes habían venido trayendo un enfermo á Panamá. Acomodé en el hospital al enfermo, y luego me fuí al Presidente, que tan empeñado estaba en la civilización de estos indios, y le dije cómo no encontraba embarcación y cómo habían venido esos cinco; que yo se los traería, pues querían pedirle no sé qué cosa, y que entonces Su Excelencia les mandase que me llevaran.

Llévelos, pues, al Presidente. Le dijeron que ellos



no querían Padre, porque nunca habían tenido Padre. Les preguntó si ellos tenían alguna queja del Padre. Dijeron que no, antes veían que era buen *huaka* ó extranjero. «Pues entonces déjenlo, que él les hará á ustedes muchos bienes y que vaya enseñando á los muchachos. Así Vds. podrán observar lo que enseña, y verán que enseña cosas buenas.» No pudo escapar Sho, sobre todo que se vió comprometido, pues él venía á pedir exención del peso que como derecho de Puerto les pedían por su embarcación en cada viaje en Colón, y el señor Presidente había concedido la exención á trueque de que me llevaran.

A pesar del compromiso de Sho usé de varias industrias para que no se me escabullera. En efecto, me lo llevé á comer conmigo en Colón, y lo hice dormir en mi habitación, pues querían irse de noche. A otro día me dijo: «Padre, si vienes conmigo vas á morir, pues el barco hace mucha agua.—No importa, dije, por donde paséis vosotros paso yo.—¿Sabes nadar, me dijeron?—No.—Pues entonces te ahogas.» Como ellos vieron que yo no les creía, dijeron Sho y los indios: «Que habían venido á decir que estaba el barco lleno de agua, que fuera con ellos para cerciorarme.» Fuí, y efectivamente empiezan pozal tras pozal á desaguar. Estuve ya á punto de desistir del viaje, viendo el inminente peligro, pero me dije: si muero por ir á predicar el Evangelio, qué mejor oportunidad. «Qué le vamos á hacer, les dije, no hay otro barco, así me voy con vosotros.» Después conocí que todo eso lo hicieron para asustarme, pues si había tanta agua era porque en cinco días no habían dado á la bomba, ya que en el viaje no cogió el barco tanta agua. Me embarqué, pues, con mis dos sacristancitos que arriba dije: Estanislao y Leonardo, á quienes en la iglesia de la Merced bauticé, bien instruidos, el 1.º de Mayo de 1907.

Llegados á Portbello, pretendió dejarme en tierra Sho, y visto que yo no le perdía de vista, tomó á un blanco para disuadirme del viaje, diciendo que los indios estaban bravísimos y me matarían. No lo consiguió, y tras tres días y dos noches del miserable barquito, amanecimos á vista de Narganá. Lleno yo de gozo empecé á ponderar que era á propósito aquel día del *Corpus* para la segunda entrada, 30 de Mayo. Empezó Sho á hablar en alto y sincopado karibe, con lo que yo no podía entender, pero á pesar de las muchas muestras de cariño que yo les daba á mis indiecitos y ellos me habían dado, noté en Leonardo cierto retraimiento y más afianzamiento en Estanislao. ¿Qué será eso? me decía. Después supe que Sho me los estaba pervirtiendo para que me abandonaran. Me puse en proa cuando ya nos acercábamos, como anhelando conocer á los indiecitos que salieron á la playa, y que tan cariñosos había dejado en San José, cuando Sho imperiosamente dijo: «Ponte á popa, que los indios están bravos.» No me quería yo convencer, pues sabrosos me los había dejado. «¿Dónde está Carlos?» pregunté á unos niños que en un cayuco estaban pescando. «En casa.» Me consolé, pero Sho, queriendo corregir á los niños, dijo: «Carlos se fué á pescar á otra isla.» Entonces supe que Sho era de la isla donde no me habían recibido la primera vez. Ya lo tenemos. No atracamos, pues, á mi isla, sino á la enemiga. Salieron multitud

de hombres que empezaron á gritar, que por qué me había Sho traído, y me amenazaban con los puños cerrados y uno con un cuchillo. Luchaba Sho en su corazón y no se atrevía á desembarcarme. De una parte su gentilidad, de otra el mandato del Presidente Dr. Amador. «¿Qué hacemos, dijo?—Llévame á Carlos.—No está, ni vendrá en muchos días, quizá un mes; ¿quieres volverte á Panamá?—En tal caso, dije, contigo.» Temió él la responsabilidad, y dijo: «Conmigo no, ni hay barco, que éste es del Río Tigre.—Pues entonces me hospedo en tu casa.» No había remedio, y así se hizo. «Métete aquí,» dijo, era un cuartito sobre el muellecito bamboleante, que tendría unos tres metros. Añadió: «No salgas de aquí, que te matan.» Durante todo ese tiempo vino la hermana de Leonardo, y él sin aguardar razones se echó al agua, subió al cayuco de la hermana, quitóse el rosario que desde el día del bautizo llevaba al cuello, y lo echó al mar. En cambio, Estanislao, aunque le decían que me dejase, dijo que él moriría á mi lado, y ni venidos sus parientes me dejó, hasta que al tercero día que vivía en mi prisión, vino una niña, su tía, por él. Entonces Estanislao dijo: «Padre, ¿quieres que vaya á ver á mis parientes?» Desde entonces dormía en su casa, y muy temprano venía de la otra isla á ayudarme la Misa, que decía yo en mi cuartito, y pasaba Estanislao el día conmigo, enseñando la doctrina á los niños que empezaron á visitar mi cuartito. Venía con él cada día el hoy llamado Bernardino, niño de unos ocho años, de quien adelante se dirá. Esos mis amiguitos me traían frutillas, y yo les daba dulces á los niños que se me allegaban, con lo que insensiblemente se aumentaba mi parroquia infantil, que los viejos no me podían ver. El día de *Corpus*, pues, no pude decir Misa, aunque no me desayuné hasta eso de las dos, pues estaban tan excitados los indios, que no creí segura ni mi improvisada cárcel.

Estuve como cinco días detenido en casa de Sho, sin dejarme los indios enseñar públicamente, mientras reñidamente deliberaban sobre mi entrada. Ya pensaba volverme á Panamá, si hubiera habido barco, pues veía tan obstinados á los indios de Nusatupu, y porque no estaba en Narganá mi cacique Carlos, razón por lo cual los de Narganá andaban acobardados, y ni yo podía mover á aquellos indios por estar de ellos incomunicado. Hacía yo con mis Estanislao y Bernardino tras la Misa la novena al Sagrado Corazón, consistente en un *Pater* y un Bendito y alabado el Santísimo Sacramento, cuando al fin la víspera del Sagrado Corazón vino Carlos á su isla, y el Corazón de Jesús triunfó. En efecto, la antevíspera del Sagrado Corazón, visto que cada noche hasta muy entrada tenían reuniones los indios muy acaloradas sobre mi admisión y siempre quedaban en que no, y cada día venía Sho diciendo que él hacía lo posible para que me admitiesen, pero que los indios eran malos, le dije: «Vosotros solos estáis hablando, y nunca me dejáis terciar, porque no me lleváis á vuestras discusiones.» Convinieron, pues, y se reunieron los nusatupus y los más enemigos de Narganá. Pusieron en el gran chozón del cacique tres hamacas para los tres principales, un sillón para mí y varios bancos, y estando todos reunidos y de sombrero calado ¡bombín en cabezas salvajes! me llamó Sho. Tomado



asiento, me dijo el cacique Enrique: «Dínos claro lo que pretendes.—Te lo dije en mi primera visita y por eso no me admitiste en tu isla, y volviendo yo de Panamá para la isla que me admitieron, me habéis metido aquí. Puesto que veo á tantos que no estarán enterados de mi fin, lo repetiré.» Hice explicación larga de la Creación, y cómo pecó Adán, y cómo Cristo vino á remediar nuestra desgracia, y dejó á San Pedro y al Papa, quien mediante el señor Obispo de Panamá me mandaba á enseñarles el camino del cielo. Que si me oían Dios los bendeciría, y si no los castigaría. Entonces me argumentaron que si el Dios de los blancos (ellos creen tener otro) era tan bueno, como ellos nunca habían tenido Padre, que les instruyera en el tal camino ó doctrina. Ellos á toda regla, doctrina ú opinión, llaman camino. Dije que tuvieron Padre católico; en efecto, ellos fueron los primeros indios americanos que tuvieron hasta el primer Obispo, y porque se pervirtieron perdieron los Padres; que más tarde vino el apóstolico P. Jacobo Balburger, quien murió entre ellos muy llorado, y pervirtiéndose de nuevo perdieron los Padres; y finalmente, venía ahora yo. Se desbocaron tres diciendo que yo era un mentiroso, y que, fuese verdad ó no lo que yo decía, no querían admitir ningún Padre, primero por ser extranjero, y ellos no admitían extranjero; segundo, porque ellos tenían su ley y sus Padres ó *absogeti*, y estaban con ellos bien avenidos. «Como os veo tan furiosos, dije, no quiero ahora decidir, y así os doy un día de tiempo para deliberar. Mañana á estas horas vuelvo, y si la asamblea, ó el cacique en su nombre, no esos tres sin juicio (estaban éstos furiosos, uno era *absogeti* principal, otro un brujo (1), otro un curandero), me dice que me vaya, entonces yo sacaré mis zapatos, sacudirélos para no llevarme ni una arenilla de vuestra playa, y entonces caerá la maldición de Dios sobre vosotros; os vendrán enfermedades, desgracias, moriréis en vuestra infidelidad y bajaréis á quemaros.» Tras ese exabrupto me fui sin despedirme. Se quedaron asustados, y yo admirado de que hubiese hablado con tal energía y soltura casi por cinco cuartos de hora en karibe, de modo que yo les entendí en sus interpelaciones y ellos me entendían. Duró su reunión, ido yo, hasta las dos de la madrugada.

A la mañana, cuando me levanté, vino Sho y me dice: «Padre, sabes que el cacique Enrique está con mucho miedo por lo que ayer dijiste de los castigos de Dios.—Sí, señor, dije apretando más, os acabará Dios, si no recibís su ley.—Enrique, pues, dice que quiere hablar contigo.—Tráelo, pues.» Vino y dijo: «¿Cuándo empiezas ya á bautizar?—Mientras no vea que me hacéis casa, no bautizaré ni á los niños.—Si es por eso, dijeron él y el cacique de Ukunseni (2) que para la junta magna de anteayer fué convocado, ya puedes bautizar, porque mañana se empieza la casa.» En eso llegó

(1) Este murió á fuego lento, bien embreado, á los dos años, sacrificado así por los dos pueblos de Nusatupu y Narganá, sentenciado por todos los que asistieron á su quema, y parece que el juez que tal dictó, fué Enrique su *adlatere* Sho, en una de mis idas al Panamá.

(2) A este cacique, que ahora se llama Santiago, se debe en gran parte que los indios hayan admitido al misionero. En agradecimiento á sus buenos servicios, á los dos años le llamé Santiago, y le prometí llevarle la imagencita de plata de la Virgen del Pilar, que D.<sup>a</sup> Carmen de Armijo regaló á la Misión.

Carlos á verme. Hizo ante los presentes una devota, juiciosa y espléndida profesión de fe. Dijo que me quedase en su isla, y como por turno me darían de comer y me asistirían en todo más que á los hijos de sus casas, y que primero faltaría comida para ellos que para mí, porque él creía en Jesucristo, y no quería ir al infierno, sino al cielo. Yo, llorando de ternura, lo abracé y le agradecí, prometiéndole el auxilio de Dios, pues «el que me confesare delante de los hombres, yo lo confesaré delante de mi Padre celestial.» Todo eso fué tras la Misa y novena de la víspera del Corazón de Jesús, 6 de Junio de 1907, á eso de las ocho de la mañana. Fué testigo de esta entrevista Vicente Arriano, comerciante, quien dijo comulgaría mañana con su tripulación, de quien más tarde se dirá.

A otro día, fiesta del Sagrado Corazón, empecé á bautizar infantes, y cada día bautizaba diez ó doce ó más, convirtiendo en capilla otra choza más á propósito. Por ser la conversión de este islote en el día del Corazón de Jesús y durante su novena, de acuerdo con los principales indios le llamé *Isla del Sagrado Corazón* ó *Jesús Kuake tupu*.

Me trasladé á otro día á Narganá, de donde venía al Sagrado Corazón, y bautizaba y enseñaba la Doctrina, diciéndoles Misa algunos días.

Por este tiempo vinieron los indios del Río Tigre, y una noche, mientras en otra casa estábamos rezando, rompieron y desbarataron mi casa. Dios castigó al jefe, murió comido de un tigre.

Dejéles á los de Jesús Kuake tupu un cuadro del Sagrado Corazón de Jesús, ante el cual hacíales las Doctrinas cuando les visitaba. Así de tanto en tanto fui visitando á los indios y bautizando infantes, hasta que les dije, en Enero de 1910, que ya no bautizaría más allí, mientras no hiciéramos allí casa-iglesia, cosa que los indios rehuían. Alegaban que ya había iglesia en San José de Narganá, como si eso bastara, tanto más que por nada querían ir al vecino pueblo, pues lo miraban como ajeno.

Entretanto Dios obró algunos sucesos notables en esta isla. El 24 de Febrero de 1910, en el lecho del dolor, bauticé al moribundo Maninikinia, quien tuvo el buen acuerdo de llamarme para que lo bautizara, antes de morir. Había sido valentón y bebedor. Fui, pues, á su isla. Como estaba tan afligido y dolorido luchando con la muerte, le dije si quería la salud. «Sí, Padre.—Pues si te bautizas con toda fe, como testimonio de que nuestra Religión es la verdadera, Dios te curará.» No le pude hacer rezar las tres veces el *Pater* y *Credo* de rúbrica, porque daba lástima, y así sólo rezó fielmente dos veces, pero con tan buena fe que al decirle *Horresce idola*, hizo quitar los que bajo la hamaca le habían puesto. En su lugar pusimos frente al enfermo la imagen que dije del Sagrado Corazón, que traje á América hace unos veinte años, regalada por el señor Amo, de Madrid, y tenía aquí en rehenes mientras esta isla se acababa de doblegar. Bautizado Salvador, que así llamé al indio, me volví á Narganá. A los dos días, visto que no me traían noticia de Salvador, fui á verlo. Me lo encontré risueño, tendido en la hamaca. «¿Cómo estás?»—P. LEONARDO GASSÓ, S. J.

(Continuará).





NORUEGA.—Vista parcial de la importante ciudad de Trondhjem.—Reproducción de fotografía remitida por el R. P. Lamotte, O. P.

## LAS GRANDES RELIGIONES DE LA INDIA AL LADO DEL CATOLICISMO

(Conclusión)

**E**N el reino de los espíritus, genios ó manes, hay un supremo ordenador conocido bajo el nombre de Yama. Este es invocado como el primero de los mortales, el que nos muestra el camino que conduce al término común de los hombres. En este sentido, él es el primer hombre, y como éste tenía su compañera Eva, de idéntico modo él tiene Yami. Todos los hombres proceden de él, á la vez que él procede de los dioses. Yama, á no dudarlo, tiene estrecho enlace con el Yima de los persas, y según el docto Lagrange, el mito de Yima pertenece á la religión primitiva. Por consiguiente, podemos afirmar que los himnos védicos relativos á Yama pertenecen á la revelación primitiva. El himno funerario dirigido á Yama es como sigue: «Reverenciad con oblacones al gran Rey Yama, á aquel que por primera vez cruzó las altas montañas, que trazó el camino que conduce á la inmortalidad... allí á donde nuestros Padres partieron. El es glorificado en compañía de los Augirassas... Regocijaos, oh Rey, en esta oblacon... Ven y siéntate al sacrificio.» Y al alma del moribundo el poeta védico le habla en los siguientes términos: «Sal fuera, sal fuera y sigue los antiguos caminos por donde fueron nuestros Padres; tú verás á los dos felices reyes, Yama y Varema. Unete con los Padres, con Yama en el alto cielo... Yama dará un lugar de descanso á tu espíritu. Corre y pasa con feliz éxito los cuatro perros de Sarama con cuatro ojos: ve á unírte á los Padres que gozan en compañía de Yama.» Estos perros, que guardan el paso del paraíso, aparecen en la leyenda Iránica.

Por dos conceptos se ofrecen oblacones á los Padres, para obtener de ellos beneficios y por reverencia. A

ellos se les atribuyen gran parte de los beneficios de que el hombre goza en la tierra; la salida del sol, la luz del día y las tinieblas de la noche, los creen favores suyos. Para reverenciarles se les ofrecen múltiples objetos, cuyas ceremonias, cualidades y demás accesorios, son descritos con profusión tal, que nos es imposible detallar. Obras enteras se han publicado sobre el particular, entre las cuales ocupa preferente lugar la de Colebrook, «*The Religions Cerimonies of the Hindus.*» Estas ceremonias pueden clasificarse en cuatro grupos: 1. El sacrificio cotidiano; 2. Sacrificio mensual que forma parte del sacrificio con que se celebra la entrada del mes lunar; 3. Las ceremonias funerales en la muerte del amo de la casa; 4. Los *agapes* ó fiestas de amor y caridad, en las cuales se distribuye comida y otros objetos á los asistentes, en memoria de los muertos. No podemos descender á detallar estas ceremonias en particular, pues cada una de ellas comprende un largo proceso de ritos. Mas la sola mención nos prueba cuán natural sea gustar al corazón el celebrar tales manifestaciones de caridad en piadosa memoria de sus parientes difuntos.

¿Cuál es la condición de los Padres en el ultra-mundo? La teología védica, aunque no del todo precisa, nos presenta la revelación primitiva en lo relativo á este punto con bastante claridad. Para los Vedas existen dos lugares de recepción para los espíritus separados, el cielo y una insondable obscuridad. Los buenos, para llegar al paraíso que les aguarda, deben pasar un puente estrecho. En él, por benignidad de los dioses, no por propia capacidad, obtienen la inmortalidad. Las delicias del paraíso parecen ser las mismas que en la



tierra, y el poeta describe en esta forma el cielo: «Oh Soma, condúceme al lugar de luz inexhausta, donde está colocado el sol brillante, colócame en ese inmortal é imperecedero mundo. Condúceme al lugar de Yama donde existe alegría, deleite, placer y felicidad; donde los deseos son satisfechos, donde sea inmortal.» El infierno es un lugar separado, muy profundo, situado debajo de las *tres tierras*, como el griego *hades*. La carencia de luz parece constituir el único tormento. Con frecuencia se pide á los dioses el *aniquilamiento* de los perversos y malvados.

No será fuera de lugar y servirá de ilustración á los lectores, presentar el curioso relato, en líneas generales, en conformidad con las ideas védicas, que en el *Libro de los muertos* encontramos detalladas. El citado documento refiere las ideas de los antiguos egipcios sobre la vida futura. Escrito en hieroglífico miles de años hace, ha sido descifrado y traducido al inglés, y la edición de donde nosotros traducimos fué hecha en 1904 en Londres. «El cuerpo es conducido á través de un río y acompañado por sacerdotes y lamentadores, al sepulcro. Allí él encuentra innumerables peligros (los perros de la leyenda Iránica é Indica), provenientes de los monstruos que esperan vengarse de cualquier crimen que haya cometido durante su vida. Se le indican las plegarias y protestas de inocencia que debe hacer para obtener salvo-conducto. Entonces penetra en el salón judicial de Osiris: 42 jueces ocupan la gran sala, unos con cabeza humana, otros de bestias, entre las que abundan las cabezas de buey, de león ó de mono. El espíritu, de rodillas ante ellos, comienza su confesión: «Homenaje á Vos, Señor de la Verdad y de la Justicia. ¡Homenaje á Ti, Dios grande, Señor de la Verdad y de la Justicia! Yo vengo á Ti, mi Señor: yo me presento ante Ti para contemplar tus perfecciones. ¡Porque yo te conozco, yo conozco tu nombre y los nombres de las cuarenta y dos divinidades que te acompañan en la sala de la Verdad y de la Justicia!» Luego

comienza á referir sus buenas cualidades: «Yo no he cometido fraude alguno contra los hombres. Yo no he atormentado á la viuda; no conozco la mala fe; no he ejecutado cosa prohibida; no he sido negligente; no he hecho lo que era abominable á los dioses; no he matado...» De este modo tan particular continúa el espíritu su confesión hasta terminarla exclamando: «¡Yo soy puro! ¡Yo soy puro! ¡Yo soy puro!» Acto continuo dos mujeres, en cuyas cabezas se ven plumas de avestruz simbolizando la ley y la justicia, reciben el espíritu y le conducen al centro, en donde se halla la balanza judicial. En uno de los platillos se coloca el corazón y en el otro los símbolos de la verdad y de la Justicia. Horus, el amado hijo de Osiris y Anubis, observan el platillo que ocupa el corazón y el fiel de la balanza. Anubis observa el platillo de la Verdad y declara el resultado del escrutinio á Thoth, la divina sabiduría, quien en una tabla escribe la sentencia y la presenta á Osiris. Este hállase sentado en el extremo izquierdo del salón, con diadema sobre su cabeza, dos plumas de avestruz, el disco del sol y dos cuernos de cabrito. En sus manos tiene un látigo y un cetro, símbolos de la ley y de la justicia. Delante de él se ve un altar cargado de ofrendas, que probablemente representan los sacrificios y actos de piedad practicados en beneficio del muerto por sus parientes y amigos. «Tras escena tan prolongada y terrorífica se dicta la sentencia y el alma impía descende á un espantoso infierno, donde á fuerza de suplicios y tormentos acabará por anonadarse. El alma justa, empero, es confirmada en la ciencia y la virtud; le es dado encarnarse á su capricho en alguno de los animales divinos; mas es preciso que se identifique con Osiris para triunfar de los dioses pérfidos que la acosarán en su carrera. Cuando ella haya terminado su proceso de encarnaciones y metempsicosis, regresa á los campos de Jalon, en donde, reunida con los demás dioses, continuará adorando á Ra. Entre las inscripciones egipcias se encuentra en los sarcófagos con frecuencia esculpida esta frase de paz: «En paz, en paz, en Osiris» (1). Nuestros lectores observarán las analogías entre lo fundamental de las doctrinas expuestas. Cada raza ha impreso su carácter y revestido con los atavíos que su peculiar imaginación y circunstancias le sugerían las verdades fundamentales que les son comunes. Curioso, á la vez que sumamente útil, sería ir trazando semejante paralelo con otras religiones de las razas que se suponen las más importantes del género humano, mas nos extenderíamos demasiado. Contentémonos con haber demostrado que en la religión védica juega parte princi-



NORUEGA.—HAMMERFEST.—EL PUERTO.

Reproducción de fotografía remitida por el R. P. Lamotte, O. P.

(1) Véase acerca de este punto el docto H. Dufourey. Hist. pág. 50 y passim.



palísima la vida de ultra-tumba y la condición feliz ó desgraciada de las almas en la misma.

## X

## EL LOGOS VÉDICO.—VAC.

Los escrupulosos críticos racionalistas, que no pueden sufrir el menor defectillo de cohesión lógica, etc., etcétera, en los Libros Sagrados y que no están dispuestos á admitir una jota de ellos mientras no esté suficientemente evidenciada, no observan idéntica conducta cuando se trata de argumentos y razones para refutarlos. El menor indicio les basta para acusarlos de plagiarios y copistas. Una de las cuestiones en que han manifestado bien á las claras su enfermedad endémica es la relativa al *Logos*. Examinaron de corrido las obras de Platón y sus discípulos, en ellas encontraron la palabra *logos*, y esto les bastó para derribar del pedestal de autor inspirado y divino á San Juan, y le relegaron á la clase vergonzosa de autores adocenados. Otros racionalistas más despejados, y que sabían deletrear sanscrito, descifraron los Vedas, y al tropezar en ellos con la palabra *Vac*, verbo, se confirmaron en sus preocupaciones y establecieron la cadena de evoluciones del *Logos*. Platón la recibió del Oriente, de los brahmanes; los filósofos alejandrinos de Platón, y San Juan la copió de aquéllos. Weber en Alemania y M. Mario en Francia han apoyado esta opinión (1). Vamos á pasar revista á esta opinión en su doble aspecto, á saber: primeramente, en la relación del *Logos* del Evangelio con el *Logos* védico, y segundo, en la del *logos* de la escuela alejandrina con el *logos* del Rig-Veda.

Más antes de entrar en el prometido examen, investiguemos la etimología de *Vac*, y ella nos conducirá á la inteligencia de cómo vino á significar el espíritu de Dios, la palabra de la divinidad. *Vac* es considerado como la deidad femenina de Vata, el viento. La raíz primitiva de donde originariamente procede parece ser *as*. Su sentido abstracto es *respiro*, *aliento*, de donde en segundo lugar recibió el significado de existir. De ella se deriva *asu-ra*, los que respiran, los que viven, los que existen, y últimamente los dioses. Esta misma raíz aparece en el *ahu* del Zend-Avesta (al que también los racionalistas han comparado con el *logos*), y aunque á esta palabra se le atribuya la significación de conciencia y mundo, sin embargo se le asignan también las de señor y soplo ó aliento. Mas cuando esta raíz era inadecuada para expresar la naturaleza del ser de las plantas, las cuales como sensiblemente aparece no respiran, se excogitó otra, *bhu*, que originariamente significó crecer, del griego  $\psi\upsilon\omega$ . Y finalmente, para expresar la naturaleza de las cosas inanimadas se tomó la raíz *vas*, habitar, residir. Esta raíz se conserva en el griego  $\alpha\sigma\tau\upsilon$  *astu*, ciudad. En conformidad con estas raíces los arios decían: el sol respira (surgo asti), la tierra permanece (*bhumi vasati*), el viento sopla (*va-yur vati*). De estos principios se infiere que los primitivos arios usaban tales locuciones para expresar la ac-

tividad propia de cada sér. En lenguaje, por consiguiente, védico, el *vac* no significó más que la actividad del sér divino á que se aplicó, del viento. Bajo la influencia brahmánica vino á significar la palabra y á identificársele con Brahman, siguiendo este proceso. Brahman, según el docto Max Müller, procede de la raíz *brih*, hacer ruido, hablar. «Hablar, en su más general acepción, fué concebido como algo que sale fuera y se extiende y crece y se desarrolla, y no solamente lo que se desarrolla á sí mismo, sino lo que desarrolla otros objetos. De esta raíz, determinada en este sentido, procede, en mi sentir, el latino *verbum* y el gótico *vaurd*, verbo. Es curioso el observar como los indios usan *Brihas* y *Vacas* como sinónimos de la misma deidad» (1). Y compréndese que así fuese, porque al afirmar los vedas de una deidad que *habla*, no hacían sino atribuirle el epíteto de *crecimiento* ó *desarrollo*, que es precisamente la significación que hemos dado á *Vac*. Llamamos la atención sobre el desarrollo del *Vac* en los períodos védico y brahmánico; en el primero, concíbese como cosa transeúnte, acción respiratoria del viento; en el segundo, adquiere un carácter más fijo y permanente, debido á la impersonalidad panteística del Brahma, con quien se le identifica; para los vedas es la acción del viento, para los brahmanes es Brahma.

En el Rig-Veda X, 125, encontramos el siguiente himno; el poeta presenta á *Vac* como diciendo: «Yo ando acompañado de los Rudras, Vasus, de los *Aditias* y de todos los dioses; yo soy el sostén de Mitra, Varuna, Indra-Aguí y los gemelos Azins. Yo doy riquezas al que me sacrifica, al que exprime el soma. Yo soy la reina, la mejor de las que merecen sacrificios.—Yo soy aquello por lo cual todos comen, respiran, ven y oyen. A aquel que yo amo le hago fuerte, sacerdote, vate y sabio. Yo inclino el arco de Rudra para castigar al incrédulo. Yo engendré al padre de todo en las alturas; mi lugar son las aguas en el mar; desde allí me extiendo entre todas las criaturas y toco el cielo con mi corona. Sobre el cielo y sobre la tierra, tanto he crecido en majestad.» De este himno no se puede deducir más que *Vac* es poder divino activo que se manifiesta benigno y dador de riquezas á los mortales. ¿Qué paridad existe entre este divino y activo poder y el *Logos* evangélico? Compararlos es profanar á este último. Para terminar citaremos los juicios de dos eminentes indianistas sobre el particular. Hopkins, que no peca de católico, dice: «No existe el menor fundamento para la afirmación de que los filósofos griegos tomaron su doctrina del Logos de los orientales, más que la semejanza del nombre de las concepciones griegas é indianas. Mas esta semejanza es demasiado tenue y débil para inclinarse á cualquiera en favor de la teoría de Weber, porque *Vac* nunca es más que una de las muchas abstractas deidades femeninas» (2). Y Max Müller añade: «Yo me guardaré muy bien contra la idea de que tenemos en dicha palabra una especie de *Logos*. Aunque brahma venga al fin á significar la causa del universo, y es identificado frecuentemente con Atma ó subsistente, su desarrollo fué diferente del de el Logos alejandrino, é históricamente estos dos ríos de pensamiento son en-

(1) V. Dico. Apologético de la fe católica, art. Logos.

(1) Origin. of Religion, pág. 366 y 67.

(2) The Religions of India, pág. 558.



teramente distintos» (1). Los que no ven en el Cristianismo sino una ramificación de los esenios, fácilmente han llegado á creer haber probado que el Logos es parte del Oriente (2). Mas hasta el presente ninguna de las partes de esta afirmación ha sido suficientemente demostrada. El Logos brahmánico nunca adquiere aquellas relaciones hacia el Altísimo que tiene el Logos filénico, tomadas, sin duda alguna, del Antiguo Testamento, en especial del libro del Eclesiástico y la Sabiduría.

En conclusión, podemos afirmar, apoyados en incontrovertibles principios de apologética, que los vedas, ó al menos los brahmanes de los tiempos posteriores, á quienes suponemos imbuídos ó al menos conocedores de los libros sagrados, conservaron alguna analogía, muy remota y desfigurada por sus cavilaciones, del Logos. Al hacer tal afirmación, no creemos exceder los límites de la sana apología. «San Justino, dice Schanz, encuentra analogías para el Logos y el Hijo de Dios en la religión y filosofía griegas.»

Y con esto creemos haber indicado al menos la debilidad de los argumentos racionalísticos en favor del Logos védico, como prototipo del Logos cristiano. Los apologistas tienen delante de sí las fuentes de donde han de beber las aguas claras del raciocinio verdadero. Nosotros somos demasiado débiles para escudriñarlas más profundamente.

#### CONCLUSIÓN

Hemos recorrido las páginas antiquísimas del Rig-Veda, fiel guardador de riquísimos tesoros para la Religión, la historia y la filología. Nuestros lectores habrán observado un hecho notabilísimo y que ha servido para destruir ideas y prejuicios de mucha monta en la historia de las religiones. El hecho á que nos referimos es la idea elevada de Dios y de la moralidad que campea en todo el Rig-Veda. Durante los últimos cien años se venía dando como seguro que el fetichismo era la religión más antigua del mundo y el culto más univer-

(1) Origin. ant. cit.

(2) Geschichte des Urchristenthums, por Gfrörer, t. III, p. 355.

sal de los dioses. El mismo docto Max Müller confiesa que en sus primeros años él había defendido tales teorías, hasta tanto que leyó los Vedas. En su lectura su admiración crecía gradualmente á medida que, examinando sus más antiguas partes, encontraba menores vestigios de fetichismo, y que éstos eran más y más frecuentes, según descendía por la escala de la degradación religiosa. El estudio, pues, imparcial de los Vedas le condujo á la conclusión que el fetichismo, lejos de ser una religión primitiva, no era sino su corrupción. «Paréceme, dice, que aquellos que creen en un primordial fetichismo dan por cierto lo que es preciso demostrar» (1). En éste como en otros muchos puntos el estudio de los Vedas rinde un beneficio inmenso y aporta materiales inapreciables para el estudio comparado de las religiones. El aumento considerable de obras de esta índole en estos años, en Inglaterra y Alemania especialmente, es prueba clara de lo que afirmamos.

Y no vayan á creer nuestros lectores que esto de los Vedas y vedanta es cosa anticuada en la India. Todo lo contrario. Los indios de hoy como los de antaño no reconocen mayor autoridad, en religión, costumbres y ceremonialismo, que los Vedas; y mientras la India sea India, nada será capaz de extinguir el antiguo espíritu de vedantismo que anima al joven indio. El nacionalismo ó patriotismo indio vuelve sus ojos á los Vedas. La reconstitución del cuerpo político y la expulsión de los elementos que á ella se oponen se modelará sobre los Vedas. Si es preciso rehabilitar á la mujer, sacarla del ostracismo en que yace, del encerramiento y prisión en que los musulmanes la colocaron, se buscarán razones en los Vedas. Todo movimiento social ha de ser conducido según los Vedas. Nada más común entre los modernos predicadores indios que esta afirmación: «El vedanta está destinado á resolver todas las cuestiones económicas y sociales, y á promover el bienestar del hombre en el presente y en el porvenir.» Hasta de los grandes adelantos modernos encuentran los vedantistas incubaciones en el Veda. ¡Exaltaciones del patriotismo!

FR. BRUNO DE SAN JOSÉ,  
Carmelita Descalzo.

(1) Origin. os Religión, 72 et passim.

## LOS HERMANOS COREANOS

EPISODIO DE LA HISTORIA DE LAS MISIONES DE COREA

POR EL P. JOSÉ SPILLMANN, DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

(Continuación)



«¿Atreves á llamar ladrones á mi tío y á mi primo?» respondió Yn, á quien la cólera redoblaba las fuerzas, de modo que, como La-men intentara arrancar de la caja una tabla que estaba algo rota, y viera Yn que por la hendidura que en la tabla se hacía, sacaba aquél un rosario, se lanzó contra su adversario y chocó la cabeza de Yn contra el pecho de La-men tan violenta-

mente, que un momento después ambos rodaban por la arena. Pero pronto cobró ventaja La-men, que era el más fuerte, el cual procuraba arrojar al río á su adversario. Este, notando su intención, se asía vigorosamente á las ropas de su enemigo y gritaba pidiendo auxilio. Ya se tenía por perdido, pues casi le faltaban las fuerzas, cuando llegaron Kuan y los criados, quienes al punto libraron á Yn de las manos de La-men. Este,





NORUEGA.—Iglesia de Tromsø; á la puerta su párroco el Rdo. Sr. Lappe.—Reproducción de fotografía remitida por el Rdo. P. Lamotte, O. P.

fuera de sí, les amenazó inútilmente con el poder de su padre y de los empleados del tribunal. Pusieron la caja en una parihuela, y acompañados de los dos niños tomaron el camino de la casa de campo.

«No tengáis cuidado, gritó La-men. Ya darán con vosotros. Aquí en la mano tengo la prueba de que habéis introducido contra la ley hechizos extranjeros en Corea.» Y levantaba la mano mostrando el rosario que había sacado de la caja, y corriendo en dirección á la cercana puerta de la ciudad.

«Déjale que corra, dijo Yn á uno de los criados que mostraba deseos de darle alcance. La caja que contiene libros y santos objetos según la doctrina del Señor del cielo, ha venido de Pekín, sabiéndolo el gran mandarín; así ningún daño podrá causarnos ese malvado bizco.»

Ya era entrada la tarde cuando llegaron de la ciudad á la casa de campo Kim y su hijo Pedro, los cuales abrieron la caja. Sacaron los numerosos libros que en ella venían y los pusieron en orden según sus títulos, y de cada uno de ellos apartó Kim un ejemplar muy bien encuadernado para su amigo, el gran mandarín, y otro para su antiguo maestro Tschai-pe. «Mañana, decía, se los llevaré yo mismo. Mucho se alegrarán, especialmente de la doctrina moral de Ri-tsi, superior según los sabios chinos aún á la del libro del gran Kon-fu-tse.»

Kim se refería á la obra del jesuita Ricci, la cual aun hoy día es muy apreciada en China por su doctrina y por la pureza de lenguaje chino en que está escrita. De los catecismos y libritos de devoción recibieron muchos Yn y Kuan para sí y para sus amigos. Después tocó el turno al paquete que contenía las estampas. ¡Cuál fué la admiración de todos cuando las

imágenes corrieron de mano en mano y cuando Pedro explicó su significado! Eran imágenes del Niño Jesús en el pesebre, del mismo Salvador en la casa de Nazaret con María y José, ó en medio de sus Apóstoles, ó representaban algunas escenas de su Pasión ó de su Resurrección y su Ascensión; también había imágenes de la Santísima Virgen, de los Apóstoles y de los Santos. Yn y Kuan no se cansaban de ver y de oír. Después fué abierto el paquete de los rosarios, y cuando Yn oyó la explicación de esta devoción, luego al punto quiso que Pedro lo rezara en alta voz. Pero éste le dijo que era cosa larga y que ya se hacía tarde. Abrió finalmente el paquete de las medallas y puso una al cuello de su primo Yn.

«Mira, exclamó éste lleno de alegría, ésta es la imagen de la gran Señora, á quien Kuan y yo hemos rezado todos los días con nuestra madre. ¡Ahora me harás pronto discípulo de la doctrina del Señor del cielo!»

«Sí, á ti y á tu hermano, tan pronto como sepáis el catecismo. Pero ya es hora de que vayamos á recogerlos, que es tarde y estamos cansados.»

#### 8.—En el convento de los bonzos.

Al día siguiente llegó á la puerta del convento de bonzos de la capital una gran litera llevada por cuatro criados ricamente vestidos. «Es el mandarín del supremo tribunal,» decían los que pasaban, y se detenían saludando respetuosamente.

En efecto, descendió de la litera el gran La-men, hombre extraordinariamente grueso, cuyas mejillas enrojecidas indicaban su excesiva afición al aguardiente. Inclinando orgullosamente la cabeza respondió al saludo de las personas que estaban en la calle profundamente inclinadas. Después mandó á su hijo bizco, que



al mismo tiempo que él descendió, que fuera á anunciar su llegada á Lao-lu, el jefe de los bonzos.

Con el apoyo de un criado subió tosiendo las gradas de la pagoda y desapareció en el portal que estaba adornado con pinturas representando espantosos dragones. Figuras de mil especies de dioses y semidioses, de demonios, monstruos guerreros y reyes, de bailarines y bonzos, de animales y pájaros, miraban desde los muros al que pasaba por la galería, el cual se inclinaba á derecha é izquierda en presencia de estas divinidades, y se encomendaba á su protección. Ante la gigantesca figura de Buda que en actitud de estar descansando se hallaba en la parte posterior de la pagoda, se detuvo el mandarín y dió al bonzo que estaba de servicio, una copa dorada llena de incienso. El bonzo roció este incienso en un brasero que día y noche ardía delante del ídolo, y las nubes aromáticas subieron hasta los dorados artonados de la estancia.

«¡Plegue al divino Buda acceder á los deseos de vuestra grandeza!» dijo el bonzo.

«En provecho suyo será,» murmuró el mandarín, dirigiéndose hacia la puerta lateral que daba acceso al convento de los bonzos. Allí le esperaba su hijo, que no se había detenido en el camino, con algunos bonzos, y dijo que Lao-lu no tardaría en llegar. El mandarín fué conducido al jardín é invitado á tomar asiento en un cenador cubierto de camelias, á la orilla de un estanque en el cual había monstruosas figuras de piedra, que lanzaban agua en todas direcciones.

«Estos bonzos que quieren pasar por públicos penitentes, saben arreglar bien las cosas, murmuró Lam-men, acomodándose en la poltrona. Tráeme el saki, niño; pues veo que los siervos de Buda probarán con gusto esta embriagadora bebida de los dioses.» Y diciéndo estas palabras aplicaba á sus sedientos labios la vasija del aguardiente y se recreaba bebiendo grandes tragos.

Los bonzos por su parte se apresuraron á traer una gran vasija del mismo líquido, amén de algunos cangrejos de mar y huevos duros de paloma. Es verdad que la ley de Buda prohíbe matar á los animales y servirse de ellos como de manjar; pero los bonzos de Corea tomaban de esta ley sólo lo que les era cómodo, y por otra parte sabían cuán aficionado á comer y beber era su huésped. La men, después de haber comido de buena gana, parecía hallarse de mejor humor; y cuando algunos minutos después llegó Lao-lu al pabellón del jardín, le saludó amistosamente, y le dijo riéndose: «No es malo vuestro saki, y los cangrejos son muy buenos. ¿Qué dirá Buda al ver que echáis en agua caliente á estos animalitos en los cuales según su doctrina viven las almas de los hombres difuntos?»

«Según la explicación del sabio y santo Yat-se, que hace cien años vivió en este convento, y cuyo cuerpo descansa debajo del gran Dagoba,—aquí señalaba Lao-lu un gran mausoleo en forma de campana que había en lo último del jardín—las almas de los budistas van á pasar á los cuerpos de los animales más nobles y perfectos, cuando no entran inmediatamente en el celestial Nirvana (que consiste en disolverse en la divinidad y confundirse con ella), ó cuando no son lanzadas al infierno en castigo de horribles crímenes; así las al-

mas de los reyes van á los leones, las de los mandarines á los osos ó á los tigres, las de los hombres piadosos á las vacas ó á los camellos. Pero en estos animales inferiores, como son los gusanos, cangrejos y otros semejantes, sólo moran las almas mejores que no han creído en Buda, por lo cual es permitido matar y comer estos animales imperfectos, pues de este modo van á pasar tales almas á animales más perfectos y pueden llegar al cabo de millares de años á animar el cuerpo de un budista ó quizá de un bonzo. Por lo cual...»

«Por lo cual obráis piadosamente cuando asáis estos animalitos y se los ofrecéis como manjar á un honrado budista, y yo obro no menos piadosamente comiendo de ellos con gran apetito, por lo que doy gracias á los dioses... No deja de ser ingeniosa esta explicación, añadió en tono de broma. De este modo si no entras en el Nirvana, que lo dudo, por lo menos irás á pasar al cuerpo de algún camello.»

«Y tú, poderoso mandarín, al de un oso.»

«Y si tú, cuando seas camello, pasas cargado por el bosque donde yo esté, caeré sobre ti y te comeré, y no quedará de ti ni siquiera un pelo. Verdaderamente es necia esta doctrina de la transmigración de las almas. ¿Quién será el que la crea?» añadió el mandarín.

«Es, sin embargo, la doctrina del divino Buda, y en Corea la religión del Estado, observó el gran bonzo arrugando el entrecejo; y parecería mal en el excelso mandarín del supremo tribunal proferir semejantes frases, aún en broma.»

«No pienso en tal cosa, repuso La-men. Antes, por el contrario, escucha cuál es el objeto de mi visita, y verá tu piedad mi celo por la prosperidad de nuestra religión.» Refirióle el mandarín cómo había sabido por su hijo que en la casa de campo de Kim se enseñaba una nueva religión; y que le constaba que antes de haber sido enviada á China la embajada, eran instruídos en aquella casa jóvenes de la nobleza en las doctrinas de cierto libro extranjero, y que lo mismo hacía el maestro de escuela King.

«Ya conozco ese libro, dijo Lao-lu, cuyos ojos chispearon de cólera, y tengo una copia de él, pues desde la fiesta del Hoan-kap del gran mandarín, se difunde desde la casa de Kim, especialmente por la hermana de éste. Lo han compuesto los demonios de Occidente y no contiene cosa alguna acerca de los tres grados del éxtasis, ni de las cuatro supremas verdades, ni de los cinco caminos de vida, ni de las seis formas de la verdad sublime, ni de las siete substancias santas, ni de las ocho formas del pensamiento libre, ni, en suma, nada de la divina doctrina de Buda. El viejo loco Tschaipe ha introducido por medios vedados este diabólico libro, y ya le hubiera yo acusado á él y al terco Kim (á quienes Buda lleva á los profundos infiernos por sus crímenes) ante tu suprema autoridad, si nuestro común enemigo, el gran mandarín no extendiera su mano protectora sobre estos malvados. Plegue al príncipe de los infiernos darle un tormento especial por su culpa.»

«Lo mismo le deseo yo después de su muerte, dijo La-men. Pero además quiero que en el tiempo de su vida reciba el castigo de su orgullo. Pues ¿no se ha atrevido ahora á escribirme diciéndome que el goce del

saki, al c  
nidad de u  
seo?»

«Pero ¿  
rey?»

«Convi  
ciertas c  
tomar con

Luego  
atención,  
historia d  
rosario. I  
dose por  
sucedido.  
sobre tod  
Decía qu  
amuleto,  
papel san  
el santo  
viese libr  
quete qu  
sita.

«¿Y cr  
bajada y  
éste á ca

«Sí, lo  
de acuer  
ja llena d  
regalado.  
¿qué suc  
garzados  
ha sacad  
la joya c  
contenía

«No e  
jurara q  
oro. Est

«Pero  
rín y á t  
su lugar  
la hora.

Lao-l  
nido su  
proyecto  
sala, cu  
varios v  
plan de  
llevar la  
puerta a  
Corea h  
dadanos  
convent

En la  
de un h  
se cans  
que iba



saki, al cual soy muy aficionado, no conviene á la dignidad de un juez? ¿Y he de ceder yo aún en esto á su deseo?"

"Pero ¿qué remedio, si es omnipotente con nuestro rey?"

"Conviene advertir de la mejor manera al rey sobre ciertas cosas, y precisamente con este fin he venido á tomar consejo de tu prudencia," replicó La-men.

Luego refirió al bonzo, que le escuchaba con mucha atención, después de tomar un buen trago de saki, la historia de la caja, de la cual su hijo había sacado un rosario. Llamaron al joven La-men que estaba paseándose por el jardín con los bonzos, para que refiriera lo sucedido. Lao-lu levantó espantado las manos al cielo, sobre todo cuando vió la cruz que del rosario pendía. Decía que por nada del mundo habría él tocado este amuleto, y que el joven debía envolverse las manos en papel santo hecho de trigo y lavárselas nueve veces en el santo estanque del templo, y que sólo cuando estuviese libre de aquella impureza, podía sentarse al banquete que entretanto estaban preparando para la visita.

"¿Y cree tu piedad que el espantoso abuso de la embajada y la profanación del sello del rey podrá mover á éste á castigar como conviene á los culpables?"

"Sí, lo creo, sobre todo si se dice que Kim y su hijo, de acuerdo con el gran mandarín, han ocultado una caja llena de objetos preciosos que el emperador le había regalado, dijo Lao-lu. Y ahora se me ocurre esto otro: ¿qué sucedería si nuestro joyero hiciera un amuleto engarzado en oro y perlas finas semejante al que tu hijo ha sacado de la caja? ¿No podríamos presentar al rey la joya como muestra de las preciosidades que sin duda contenía la caja?"

"No está mal pensado, pero sería preciso que mi hijo jurara que había sacado de la caja el hilo de perlas y oro. Esto es demasiado, pero..."

"Pero es el camino más seguro de perder al mandarín y á toda su aborrecida cohorte y de ponerte á ti en su lugar. Ahora vamos á comer, que el gong ha dado la hora."

Lao-lu condujo al mandarín, después de haber obtenido su consentimiento para llevar á cabo su infame proyecto, á la mesa que había sido dispuesta en una sala, cuya temperatura era muy agradable. Bebieron varios vasos de saki brindando por el feliz éxito del plan de venganza, y no fué malo que los bonzos hicieran llevar la litera á una calle solitaria, á la cual daba la puerta accesoria de la pagoda, pues el supremo juez de Corea hubiera representado en otro caso ante los ciudadanos de la capital un papel singular, saliendo del convento de los bonzos enteramente ebrio.

#### 8.—La primera comunidad de cristianos

En la casa de campo de Kim se disfrutaba á la sazón de un hermoso tiempo. Pedro, el recién convertido, no se cansaba de hablar á todos sus amigos y conocidos que iban á visitarlo, de Pekín y especialmente del ve-

nerable obispo Govea, de sus misioneros, de la iglesia cristiana construída por el emperador Kanghi y de las sublimes ceremonias del culto que él había presenciado. Su padre residía ordinariamente en la ciudad, donde su amigo, el gran mandarín, le tenía ocupado en multitud de negocios. Así tocó á Pedro recibir todas las visitas, y aprovechó estas ocasiones que diariamente se le ofrecían para emplear su celo de neófito en predicar la doctrina de Cristo, ó del Señor del cielo, que así la llamaban, á todos cuantos acudían á visitarle. Servíanle de gran auxilio para explicar el catecismo las imágenes que había traído de la China.

Representaban estas imágenes la creación del mundo, el paraíso, el pecado del primer hombre, la expulsión de nuestros primeros padres del paraíso, el nacimiento, la vida y la muerte, la resurrección y la ascensión de Nuestro Señor, y por último, el juicio final, el cielo y el infierno. Mostraba estas estampas por su orden á los admirados coreanos, y explicándolas después, sembraba la semilla de la fe en los corazones dispuestos á recibirla. Pronto se habló en todas las reuniones de la capital de la doctrina del Rey del cielo, de sus jóvenes propagadores y de aquellas imágenes nunca vistas en Corea. Cada vez acudía á la casa de campo mayor número de personas, á quienes Pedro enseñaba y explicaba las imágenes. Muchas quisieron ser instruídas en esta religión de Occidente y conocer los medios para obtener la gracia con que el Hijo de Dios nos da fortaleza para seguir su ley sublime. También en esto ayudaban las imágenes relativas á los siete Sacramentos. Por último, declararon muchos que creían la doctrina del Señor del cielo, la cual en todo les parecía mucho más hermosa y racional que la de Buda, y que estaban dispuestos á recibir el bautismo.

Los primeros que entraron en el número de los hijos de Dios mediante el agua del bautismo, fueron los dos niños Yn y Kuan y su madre, los cuales no dejaron de instar á Pedro hasta que éste les administró este Sacramento la primera semana después de su regreso de Pekín. Ambos niños se hallaban suficientemente preparados, y sobre todo la madre se distinguía por lo bien que sabía el catecismo. Los tres estaban poseídos de profunda fe y piedad infantil. Orando fervorosamente ante la medalla de la Inmaculada Concepción, ante la cual tantas veces se habían arrodillado, se prepararon á recibir el bautismo y lloraron de alegría cuando después de haber hecho profesión de fe y de haber renunciado al demonio y á sus obras, Pedro derramó sobre sus cabezas el agua del Sacramento en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. La madre se llamó desde entonces María, y sus hijos Yn y Kuan respectivamente Pablo y Jacobo.

"Ya somos hijos de Dios y de la gran Señora, dijo María. Debemos, pues, vivir como hijos de Dios y estar dispuestos á morir por nuestra fe." Y se abrazaron mutuamente los tres cristianos, los primeros que recibieron en Corea el agua del bautismo.

(Continuará).



## BIBLIOGRAFIA

*Panis Angelorum.* Tesoro de documentos y prácticas para los devotos de la Sagrada Eucaristía, por un Padre de la Compañía de Jesús. Un volumen de 512 páginas, de 15 por 9 1/2 centímetros, en tela inglesa flexible, ptas. 2'50.—Gustavo Gili, editor. Barcelona.—Precioso ramillete compuesto con las mejores flores eucarísticas de nuestra literatura así clásica como contemporánea. Es un devocionario completo que da una importancia especial á la Santa Misa (contiene varios métodos para oírla con fruto); á la Comunión (á la que dedica un número verdaderamente extraordinario de preparaciones y acciones de gracias, más una serie escogidísima de meditaciones, sacadas de nuestros mejores autores ascéticos), y á las visitas al Santísimo Sacramento, para las que ha reunido los pensamientos más delicados que el amor divino se ha dignado inspirar á los Santos. Es, pues, un hermoso devocionario eucarístico.

*La madre cristiana en la educación de sus hijos y en la oración,* por el Ilmo. y Rdmo. Sr. Dr. D. Guillermo Cramer, Obispo titular de Licópolis. Traducción de la 29.ª edición original alemana por el Padre Ramón Ruiz Amado, S. J. Segunda edición notablemente corregida. Con un grabado. En 24.º, 13 X 8 cm. (XV y 422 págs.). Con la aprobación y recomendación del Excmo. señor Arzobispo de Friburgo, del ilustrísimo y Rdmo. señor Obispo de Tortosa y de diez Prelados americanos.

Está dividida la obra en dos partes: en la primera, que es doctrinal, se dan á la madre de familia numerosos y santísimos consejos para la educación sólidamente cristiana de sus hijos; en la segunda, que es deprecativa, se pone una rica y varia colección de oraciones y deprecaciones para las principales circunstancias y obligaciones de la vocación maternal.

Por su forma correcta, impresión é inmejorable fondo, juzgamos que es la obrita en cuestión excelente compañera de todas las madres que quieran cumplir como deben la altísima misión que Dios les ha confiado.

Ojalá sean muchas las que sepan aprovecharse de tan útil obrita.

*Makojá.*—Novela corta, por Evaristo Rodríguez de Bedía. Tomo LXXIX de la *Biblioteca Patria*, Madrid.—El que encabeza estas líneas es el título de la primera novela de los cinco que contiene el tomito. Es un drama con amores moral y materialmente desgraciados, que tiene escenas vibrantes y variadas, tan variadas que á veces resulta algo difícil seguir la relación; está correctamente escrita, pero para resolvernos á recomendar su lectura á todos nos sobra Laura; no es empresa fácil lograr resulten todo lo odiosas que deben ser mujerzuelas de la casta de Laura. En su fondo, la novela es sanamente moral al igual que las demás que completan el volumen, de los que citaremos como digno de especial elogio, el cuadro titulado *El primer abrazo*.

*Combates y triunfos*, narraciones escogidas de Luis Veuillot: traducción castellana por Zenón Arámburu, S. J. Vol. III de la *Biblioteca Herder Narrador de la Juventud*. Un volumen de 200 páginas con cuatro grabados. Precio, 2'50 francos en rústica. B. Herder, editor, Friburgo.—Veuillot es de los escritores católicos que gozan de renombre universal, su alma cristiana y grande, sencilla y apasionada, vive en sus escritos y seduce: el año próximo ha de celebrarse el centenario de su nacimiento: la traducción del P. Arámburu será la primera

piedra del homenaje que los católicos de España tributen al católico escritor francés. *Combates y triunfos*, contiene quince narraciones, unas sobre los milagros, otras históricas, otras de costumbres, pero todas instructivas, edificantes y capaces de hacer mucho bien á los simpáticos lectores á quienes van dedicadas: á los jóvenes «que sin haber entrado aún en el mundo de las Universidades, ni sentido sus atractivos,» ya dejan traslucir «en su frente, en sus ojos, en su rostro transparente, el mundo de ilusiones más ó menos peligrosas que anuncia la inevitable crisis del tránsito de la niñez á la juventud.»

—*Pentecostés ó los Dones del Espíritu Santo:* Meditaciones espirituales, por el P. Mauricio Meschler, S. J., traducidas de la 6.ª edición alemana, por el P. Evaristo Gómez, S. J. Un tomo de 500 págs., 6 ptas. en rústica.—B. Herder, librero-editor pontificio, Friburgo.—El P. Meschler es piadosísimo y sólido asceta, sabio teólogo y elegante escritor: todas estas cualidades brillan en la obra que traducida al español acabamos de leer. El fin que el docto autor se propone en *Pentecostés*, es que aprendamos á conocer, amar y honrar al Espíritu Santo. Para lograrlo, procura introducir las miradas del lector en los secretos de la misma divinidad, donde el Espíritu Santo vive y reina eternamente, y á la par estudia los amables atributos de su divina Persona, todo lo cual constituye la que podemos llamar primera parte de la obra. Deja en la segunda, las indicadas consideraciones, y sigue al Espíritu Santo en sus diversas maneras de obrar, con lo cual dicho está que habla y estudia todas las cuestiones que se refieren á la vida espiritual, las obras de salud, los dones y los frutos del divino Espíritu, la oración, la familia cristiana, el Estado cristiano, etc., etc. Gracias al notabilísimo arte con que expone, el autor nos presenta bañado en torrentes de luz cuanto más misterioso y profundo enseña sobre el Espíritu Santo la Sagrada Teología. La lectura de los 54 capítulos que componen la obra, regala al alma sabrosísimos frutos y el firme propósito de ser cada día más entusiasta y fiel devoto de la tercera Persona de la Santísima Trinidad.

M. C. G.

*LAS MISIONES CATOLICAS* dará cuenta en esta Sección de todas las obras cuyos autores ó editores le remitan un ejemplar.

## LIMOSNAS

PARA COADYUVAR Á LA SANTA OBRA DE LA PROPAGACIÓN DE LA FE

SEGUNDO TRIMESTRE

	Ptas.	Cts.
<i>Para las Misiones más necesitadas</i>		
San Vicente de Camós.—D.ª Catalina Bonal.	7	
Elgoibar.—D. Pedro J. Alcorta.	2	
Total:	9	

Tipografía Católica, Pino, 5, Barcelona.—1913